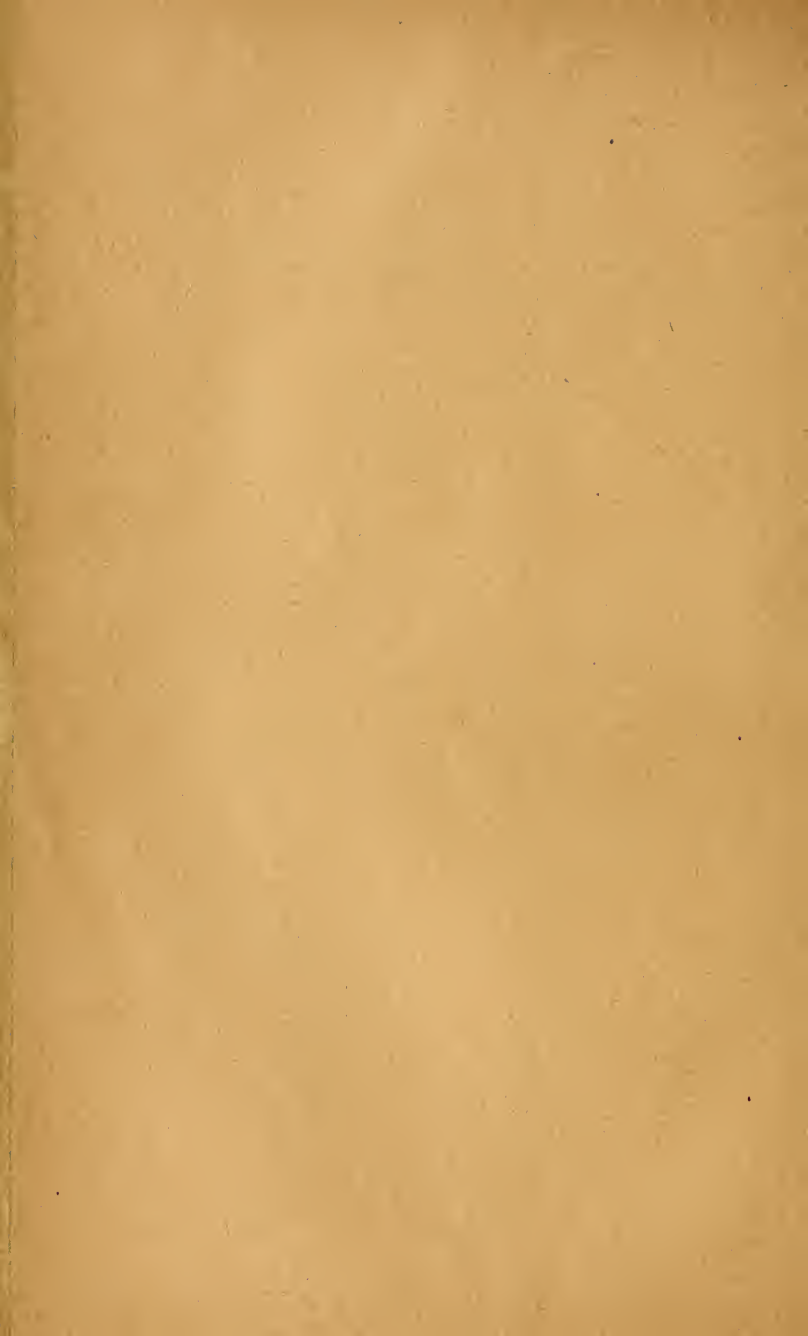
Andrónica

7

5



ANDRÓNICA

TRAGEDIA

en tres actos y cuatro cuadros, en verso

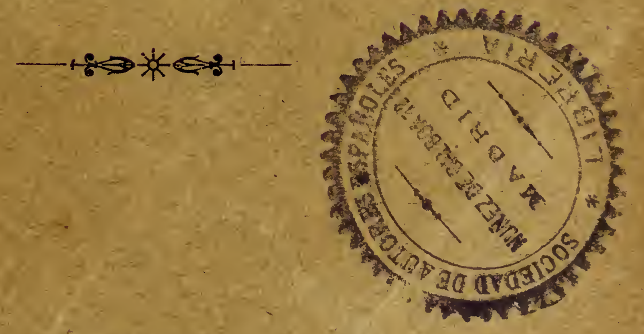
ORIGINAL DE

ÁNGEL GUIMERÁ

traducido del catalán en verso castellano

POR

Luis López-Ballesteros



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905



ANDRÓNICA

ANDRÓNICA

TRAGEDIA

en tres actos y cuatro cuadros, en verso

ORIGINAL DE

ÁNGEL GUIMERÁ

traducido del catalán en verso castellano

POR

Luis López-Ballesteros

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 12 de Enero de 1905



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1905

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ANDRÓNICA....	Sra.	Guerrero.
SOR ELENA............... .	Srta.	Oria.
SOR MARÍA..................		Asquerino.
NICÉFORO..................	Sr.	Díaz de Mendoza (F).
HERÁCLIAS..................		Palanca.
EL ABAD DE SAN THIMÚR ..		Cirera.
SERGIO......................		Díaz de Mendoza (M).
PADRE JUAN................		Urquijo.
ALEJO........................		Gil.
ISAAC.........................		Carsi.
LIVANIO......................		Juste.
PACOMIO....................		Mesejo.
GELASIO.....................		Soriano Viosca.
DEMETRIO..................		Mata.
NIKELAS.....................		Rivero.
MATEO.......................		Guerrero.
JORGE........................		Cayuela.
THEÓFILO.........		Ariño.

Caballeros, pueblo, soldados, monjas y sacerdotes

La acción en la Anatolia.—Época, siglo XI

ACTO PRIMERO

Salón del trono. En los costados grandes arcadas. Las de la derecha dan al exterior de palacio. Las de la izquierda á las cámaras imperiales. En el fondo el trono, al que se sube por una gradería de muchos peldaños.

ESCENA PRIMERA

El ABAD DE SAN THIMÚR y el CABALLERO LIVANIO. Este viene del interior del palacio. El Abad del lado opuesto

ABAD ¿Sois sin duda Livanio el Caballero?
LIV. ¿Vos el Abad de San Thimúr?...
ABAD Decidme,
¿dónde se halla Nicéforo?
LIV. En su cámara
rodeado de sus fieles, que procuran
disipar el terror que su alma postra.
ABAD Pues escuchad: yo, para todos, llego
del monasterio; para vos tan solo
de Bizancio.
LIV. ¡Por Dios, Abad, si os oyen!...
ABAD Es cierto; hay que hablar bajo todavía;
mañana, no. Mañana dictaremos
la ley nosotros. Ordenes supremas
de Bizancio, el gobierno de Anatolia
en mis manos pondrán, cuando librado
el último combate que se acerca,
Nicéforo, por fin, caiga del trono.

LIV. Sí, se acerca. Mirad, el sol declina,
y antes que vuelva á despuntar, los muros
circundarán las huestes de Bizancio,
que llegan vencedoras. Por los valles
avanzar se las vió desde las torres.

ABAD Tres años hace que Anatolia en masa
se alzaba por Nicéforo... Y ahora...

LIV. Ahora solo le quedan unos cuantos
corazones leales y los débiles
muros de la ciudad. Por eso gime
temblando como un niño el vil fantasma.

ABAD Cobarde teme al extranjero. Y teme
que su pueblo le arroje de palacio.

LIV. El pueblo un día por salvar la patria
del ominoso yugo bizantino
lo elevó al trono. Pero al ver su séquito
de horror y de maldad, casi le odia
más que á Bizancio.

ABAD Todo nos ayuda.
Si hoy el pueblo, por fin, del trono lanza
al odioso tirano, al ruin Nicéforo,
las puertas de Albia se abrirán al punto.

LIV Eso, Abad, es un sueño; no es posible.

ABAD ¡Oh, si Dios permitiese que la lucha
hoy mismo, dentro de Albia se encendiera!
¡Yo cuidaría de atizar el fuego,
y mientras lidian con tesón los unos
por arrojar del trono á ese malvado,
los otros por salvarle, las murallas
los de fuera entre tanto escalarían
y todo se acabara!

LIV. Contra el monstruo
el pueblo de Albia puede dividirse,
contra Bizancio, no... Nunca la frente
de grado bajarán los anatolios
ante los bizantinos.

ABAD Pero en suma,
¿quién defiende la causa de Nicéforo?

LIV. Sus nobles, y no todos. Le ha perdido
su propia crueldad. Imaginando
que al pueblo por el miedo se le gana,
dentro de las prisiones á sus víctimas
pasa á cuchillo; á cientos las arroja
de lo alto de las torres, ó en las simas

de Kurmas las despeña. Y si perdona
alguna vez, hace arrancar los ojos
á los que escapan á la muerte...

ABAD Heraclias
es quien le ha envilecido. El le dió el trono
y él se lo hace perder...

LIV. Vienen.

ABAD Cautela.

ESCENA II

El ABAD, LIVANIO y GELASIO que viene del interior

LIV. (A Gelasio.)
¿Qué nuevas nos traeis?

GEL. Vergüenza inspira
ver al emperador.

LIV. ¿Por qué, Gelasio?

GEL. Llora, y temblando clama que le lleven
fuera de la ciudad. ¡Cual si quedase
un pedazo no más del patrio suelo
que no se haya perdido! A veces salta
del lecho en donde gime, y con voz ronca,
erizado el cabello, á gritos pide
que se diezme á la plebe, que se mate
donde la sombra de un traidor se advierta;
que en el fuego perezca el atrevido
que de rendirse hable... Y le sostienen
en pie, porque si no se desplomara.

ABAD Yo creo que los bravos capitanes
que al... soberano permanecen fieles
y que fueron heroicos en la lucha
valor no tienen para hablar...

GEL. Me extraña
vuestro lenguaje y á entender no acierto. .

ABAD Quiero decir, Gelasio, que valiera
más, que el emperador á sus montañas
se volviese á guardar cabras salvajes,
en vez de prolongar sus tristes horas
en el trono, vertiendo inútilmente
más sangre todavía.

GEL. (Extrañando el lenguaje del Abad.)
¡No os conozco!
¿Quién sois vos que así hablais del soberano?

ABAD (Fingiendo humildad.)
Soy el Abad de San Thimúr.

GEL. Del mundo
nada en el claustro saben, que á saberlo
no ignoraríais vos, que hasta la muerte
se lucha por el hombre en cuyas venas
corre sangre de mártir, sangre heroica,
y representa libertad y raza.

LIV. (Para evitar que hable el Abad.)
Ignoraba el Abad su noble estirpe...

ABAD (Hipócritamente)
Si lleva sangre augusta, entonces...

GEL. ¡Cúmplase
la voluntad de Dios!

ABAD ¡Ah, siempre, siempre!

ESCENA III

ABAD, LIVANIO, GELASIO y DEMETRIO que viene del interior

DEM. La voluntad de Dios ya se ha cumplido.
El augusto consiente... ¡Ya era hora!
El triunfo será nuestro.

GEL. Hablad.

DEM. Heraclias
lo ha propuesto... (Se oyen clarines.)
¿No oís?

ABAD Suenan clarines.

DEM. (Mirando por la arcada de la derecha.)
Se hace saber al pueblo lo acordado.
(Se oye la voz del Heraldo.)

HERALDO «Albia: el augusto á la ciudad convoca
en consejo. Las puertas imperiales
á todos se abrirán. Pobres y ricos,
acudid pronto. El bizantino llega;
¡salvad, salvad la patria!»

LIV. ¿Aquí la plebe?

ABAD ¡Su sangre necesita y se la pide
y atraérsela quiere... ¡pero es tarde!

LIV. Silencio, Abad... se acerca el verdadero
emperador... Ya llega.

ABAD (Viéndolo llegar.) ¡El vil Heraclias!

ESCENA IV

EL ABAD LIVANIO, GELASIO, DEMETRIO, HERACLIAS, THEÓFILO y DOS CABALLEROS

THEÓF. (A Heraclias.)
Vuestro el consejo es; vuestra la obra.

HER. (Dirigiéndose á todos.)
Es del emperador. Todo lo bueno,
todo lo excelso, es obra suya siempre;
lo demás, obra nuestra.

ABAD (Acercándose á Heraclias, irónico.)
¡Gloria á Heraclias!
¡Gloria al escudo del imperio!

HER. ¡Gloria
sólo al emperador! ¡Nosotros somos
reflejos de su luz!

GEL. Es peligrosa
la entrada de la plebe hasta este sitio.

HER. ¿Peligrosa la plebe? ¡Oh, no, Gelasio!
Con la siniestra, á potros más indómitos
hice morder el polvo. Hoy el augusto
en el sólio imperial quiere sentarse
para escuchar las quejas de su pueblo
y hasta la voz humilde del mendigo.
¡Lleguen todos á él altas las frentes!
porque si en masa todos no se alzan
y un esfuerzo supremo no les une...

ABAD Contra Bizancio, sí... Mas por Nicéforo
y por salvarle el trono...

HER. Si sus quejas
hoy satisfechas son, ¿qué más quería
ese pueblo cobarde, esa vil chusma?

ABAD (Sin poderse contener.)
¿Cobarde y vil el pueblo?

LIV. (Para que el Abad comprenda que se descubre.)
¡Oh, sí, cobarde

ABAD (Comprendiendo.)
Es cierto... y vil... y aun más...
(Se oyen sonar á lo lejos las campanas.)

HER. ¡Oid, señores!
Ya convocan al pueblo las campanas
llamándole á consejo

THEÓF. (A Gelasio y otros.) ¡Si parece
un sueño!

GEL. ¡Es vergonzoso!

DEM. ¡Que se vea
mendigar el auxilio de la chusma,
al excelso, al augusto, que aventaba
como paja las turbas enemigas
sólo de su corcel con el aliento!

ABAD (A Heraclias.)
Tres años ha en el trono de Anatolia
sentásteis á Nicéforo. Hasta entonces
nadie fuera de vos le conocía
ni sabía siquiera que existiese.

HER. Siguiendo, allá en mi juventud, al padre,
largos años luché por la Anatolia,
que entonces, igual que hoy, la tierra patria
alzose altiva libertad buscando.
Mas su padre, el caudillo valeroso
de nuestro pueblo, sucumbió en la lucha;
y cuando siempre indómita la raza
al combate volvió, yo busqué al hijo
y lo traje á la luz de nuevas glorias.

ABAD (Irónico.)
¡Merecías, señor, ser coronado!

LIV. (Idem.)
¡Gran servicio prestásteis á la patria.

HER. Es cierto, sí. Mas excusad, señores,
excusad alabanzas enojosas.

ABAD (Irónico.)
¡Yo la corona en vuestras sienes miro;
no es el emperador, sois vos quien manda!

HER. (Fingiendo energía.)
¡Es el emperador! ¡Sólo Nicéforo!
(Silencio general. Se comprende que todos piensan como el Abad.)
Muerto su padre, terminó la lucha.
El era un tierno niño, y le llevaron
para salvar su vida de los odios

del invasor, al fondo de los bosques,
donde ha crecido entre pastores rudos.

ABAD Y dicen que una vez ante Nicéforo
os presentásteis...

HER. Cierto

ABAD Y también cuentan
que era como un salvaje; y que espantado
huía de los hombres.

HER. (Impaciente.) Ya os he dicho
que creció en las montañas, sin más trato
que el de gente sencilla...

ABAD (Insistiendo.) Y aseguran
que hablaba con la luna y las estrellas...

HER. (Interrumpiendo y mirando fijamente al Abad.)
Abad, cuando la patria se derrumba
quien habla del augusto en ese tono,
el arma del traidor está afilando.

ABAD ¿Traidor? ¿Traidor á quién? ¿A vos? Decidlo.

HER. Y si fuéseis traidor, pensar podríais
en cavaros, Abad, la sepultura.

ABAD Yo cumplo mi deber. Y ante Nicéforo
levantaré mi voz.

GEL Dejad que hable.

ABAD ¿Por qué el augusto en la ciudad se encierra?
¿por qué dejais que el enemigo os cerque?
Dijísteis que os alzabais cual las águilas
y sois inofensivos pajarillos
cautivos en la jaula, porque tiene
miedo el emperador.

GEL. Pues bien, salgamos.

HER. ¿Quién á mi voluntad osa oponerse?

ABAD Si nos sitian las huestes bizantinas,
¿quién luego el cerco romperá?

HER. (A los Caballeros.) ¡Decídselo!

THEÓF. ¡Todos!

GEL. Todos, Abad.

ABAD ¿Quiénes son todos?
¿y cómo triunfaréis?

HER. ¡Y lo pregunta!
¡alzando en masa á la ciudad; para eso
se ha convocado al pueblo, que muy pronto
—¡seguro estoy!—acudirá á esta cámara!

ABAD La prueba es peligrosa.—Si sospecha
que le llaman, no más, para que salve

el trono que vacila, ni arrastrado
traeréis al pueblo.

HER. (Después de haber mirado hacia el exterior.)
¡Abad, os engañásteis!
El pueblo es mi respuesta. El pueblo acude.

THEÓF. (A Heraclias. Saliendo.)
Señor, señor. Es triste nuestra suerte.

HER. ¿Por qué, decid?

THEÓF. Nicéforo se niega
á ver al pueblo.

ABAD (A Livanio.) El cielo nos ayuda.
Triunfamos.

HER. (A Theófilo y otros. Altanero.)
¡Entrará! yo os lo aseguro.
¡Vendrá el emperador! ¡Vendrá! En el trono
se sentara el augusto, aunque á la fuerza
le tenga que sentar. ¡Es por la patria!
Venid y acompañémosle, señores,
hasta el solio imperial.

GEL. (Después de mirar por la ventana.)
Como una ola
sube el pueblo las gradas.

HER. Pues que llegue
á los pies del augusto... ¡paso al pueblo!
(Al indicar Heracias que se abran las puertas, se presenta un grupo numeroso de guardias nobles. Cuatro de éstos se van por las arcadas á abrir las puertas. Los otros quedan al pie del trono. Los caballeros y el Abad han salido.)
Vigilen mis leales, y en los rostros
los intentos descubran. Si alguien osa
un arma levantar, la vuestra hundidle,
y su cuerpo arrojad por esas gradas
¡que dentro y fuera el escarmiento vean!
Caballeros, venid.

ABAD. Venid, Livanio.

ESCENA V

SERGIO, ALEJO, ISAAC, JORGE, MATEO, PACOMIO, SOLDADOS de la guardia y pueblo, entre el cual hay algunas mujeres.—Al desaparecer los caballeros, entra el pueblo precipitadamente; los soldados lo contienen en medio de la escena.

MATEO ¡Entremos!
JORGE Ven, pongámonos delante.
ALEJO Corre, cojamos la primera fila.
MATEO ¡No empujes!
JORGE Pasa, ven.
MATEO Yo no me muevo
de mi sitio.
ALEJO Te digo que te apartes.
JORGE Avancemos un poco.
SOLDS. Atrás.
ALEJO Nos llama
el mismo emperador... es orden suya.
(Los soldados impiden que avancen más.)
ISAAC (Con humildad hipócrita)
¿Se puede estar aquí? Me estaré quieto.
¡Oh! ¡La guardia imperial es gente noble!
Cada cual en su sitio... Dios nos puso
según su voluntad. (Protestas en el pueblo)
MATEO Eso lo dices
porque tú estás delante.
JORGE ¡Que se quite!
UNO Empujad.
MATEO ¡Quietos todos!
JORGE Sergio llega.
ALEJO ¿Es Sergio? Hacedle paso, camaradas.
ISAAC ¡Que no se mueva nadie!
ALEJO ¡Hacedle paso!
JORGE ¡Ven aquí!
SERGIO Compañeros, ¡con qué fuerza
me late el corazón!
ALEJO ¡Ven, Sergio, abrázame!
MATEO ¡Que viva Sergio! (Alboroto general.)
SOLDS. ¡Atrás!
ISAAC ¡Atrás, os dicen!

SERGIO (Emocionado.)
Los ojos se me nublan.—¡Hijos de Albia,
hermanos! Hablaremos al augusto.
Le veremos el rostro; y frente á frente
pueblo y emperador, verá que somos
dignos de que se escuchen nuestras voces,
y de que al trono nuestras quejas suban.

JORGE ¿Y cómo es que nos llaman á nosotros
que nada somos?

SERGIO ¿Nada? Que lo digan
los que al emperador rodean, Jorge;
pero tú, ¡un hombre libre! ¡un hombre hecho
como todos los hombres!... Nuestras almas
son lo mismo que el alma del augusto...
¡Levantad la cabeza, compañeros!
¡no humilleis vuestras frentes ante el trono!

PAC. (Entre los grupos.)
Dejadme ver al soberano.

MATEO ¡Apártate!

ALEJO Es Pacomio, el mendigo.

JORGE Y OTROS ¡Fuera! ¡Fuera!

SERGIO Todos somos iguales.

ISAAC (Al soldado que tiene cerca.) ¡Eh, Soldado,
la chusma se alborota... es mala gente!
(El soldado no le hace caso.)

SERGIO Adelante, Pacomio.

PAC. (Pasando.) ¡Si me echais
de todas partes!

SERGIO Ven, hermano. Pasa.
Todos te quieren bien. Sobre la tierra
la sombra del augusto y de tu cuerpo
iguales son, pues á los dos os mira
el mismo sol desde la misma altura.

PAC. ¿Y en dónde está el augusto? ¡No le veo!
¿Y aquella silla? (Por la del trono.)

SERGIO (Irónico.) Mírala, Pacomio,
mírala bien. El que se sienta en ella
recibe su poder, que es sobrehumano
y al punto se le extienden por el cuerpo
fortaleza, virtud, sabiduría...
y en nosotros, y en tí, y en todos manda.

PAC. (Muy admirado.)
Es decir, que si yo en aquella silla
me llegase á sentar...

MATEO Y OTROS (Haciéndole reverencias.) ¡Viva el augusto!
ISAAC ¿Queréis callar? Si oyese esa palabras
el augusto... ¡ay de vos!
SERGIO Y tú, ¿quién eres?
(Haciéndole dar la vuelta.)
Veamos: da la vuelta... ¡Linda cosa!
¡Un judío!
ISAAC Lo fuí.
ALEJO ¡Peor! Aparta.
Seguramente dobla sus rodillas
este vil renegado ante Nicéforo.
ISAAC Sí que las doblo.
JORGE ¡Fuera!
ISAAC ¡Es nuestro padre!
ALEJO Es un tirano, un vil. Tú le defiendes
por las cuatro migajas que te arroja,
¡perro!
JORGE ¡Pegadle!
ISAAC (Con miedo.) ¡Auxilio, que me empujan!
SERGIO ¿El nuestro padre? Dí que será el tuyo.
ISAAC ¡Sí, sí!
SERGIO ¡Gloria á tu madre, mal bastardo!
Oye; tu emperador es como esos
muñecos de los trigos, que no sirven
ni para espantapájaros. Les hurtan
los gorriones la borra para el nido;
tejen en él su tela las arañas;
por él suben y bajan las hormigas;
y cuando el viento silba en torno suyo,
el pobre emperador casi se troncha.
Un galápago estaba el otro día
arrodillado ante él, hocico en tierra.
(Todos ríen señalando al judío.)
PAC. Yo nunca pude ver eso que llaman
emperador.
MATEO (Burlándose.) ¿Y tú no te figuras
cómo será?
PAC. ¿Yo? ¡Bah! La gente cuenta...
y cuenta... Hay quien dice que parece
un ángel por lo hermoso. Y otros dicen
que de piedra es todo él, bajo el vestido
cubierto de oro. Y otros aseguran
que es igual que los pulpos... todo bocas.

SERGIO ¿Por qué os reís?
MATEO (Burlándose.) Escucha: y cuando habla
los muros tiemblan.
PAC. ¿Sí?
JORGE Como lo oyes.
Y cuando ríe, truena allá en los cielos.
PAC. ¿Pero un emperador también se ríe?
SERGIO Se ríe, sí, cuando su pueblo llora.
PAC. Y los emperadores... ¿no se sabe...?
JORGE ¿El qué?
PAC. ¿De dónde salen?
MATEO Muy sencillo.
Se siembran. . brotan, y después... (Todos ríen)
PAC. ¡Me engañas!
¿Cómo vienen al mundo?
SERGIO Como vienen
todos los hombres; con igual miseria
pies y manos al aire, y poco limpios.
MATEO Yo no lo creo. Vienen de las nubes.
PAC. ¿A caballo?
MATEO En un asno. (Algazara general.)
SERGIO (Enfadado.) Hijos de Albia;
(No le escuchan)
en el nombre del cielo. (Van callando.)
¡Callad! La ira
me quema el corazón. ¡Cómo! ¿Vosotros,
mis hermanos, los hijos de Anatolia
en peligro de caer entre las garras
del tirano de siempre, ¡el bizantino!
por culpa de esos que verdugos fueron
del pueblo, y que la vida le chuparon;
vosotros, cual de fiesta y rebosantes
los pechos de alegría? ¡Hermanos míos!
¿Chusma de histriones sois, ó sois acaso
hijos bastardos de la madre patria?
ALEJO (Muy conmovido y abrazando á Sergio.)
¡Bien dicho, Sergio! ¡Yo soy de los tuyos!
MATEO Y todos.
SERGIO Todos no. Si fuera cierto,
¿quién á pisar la patria se atreviera?
ALEJO Todos te seguiremos: Sergio, manda.
SERGIO Entonces... á Nicéforo del trono
yo mismo haré caer con estas manos
que el hierro forjan en el duro yunque.

ALEJO (A algunos del pueblo.)
Es preciso que el pueblo se prepare
y desarme á los nobles. Que lo sepan
todos; corred la voz por esos grupos.

MATEO (Comunicando á uno el proyecto.)
Escucha tú... (Le habla al oido.)

ISAAC (Volviendo á aparecer é interrogando á uno.)
¿Qué pasa?

SERGIO No; á este hombre
nada digais; es un traidor. Le pagan
para vendernos.

ISAAC (A los soldados.) ¡Protejedme! ¡Auxilio!
(En este momento sé oyen toques de clarín dentro del palacio)

SOLD. (Con solemnidad.)
¡Plaza al emperador!

ALEJO (Al pueblo.) ¡Silencio!

SERGIO (¡Oh, patria,
tierra de mis abuelos y mis hijos,
tuya es mi alma!)

ALEJO (Muy conmovido.) ¡Oh, Sergio!

SERGIO ¡Llegó la hora!

ESCENA VI

NICÉFORO, HERACLIAS, GELASIO, DEMETRIO, NIKELAS, EL ABAD, LIVANIO, SERGIO, ALEJO, ISAAC, PACOMIO, JORGE, MATEO, CABALLEROS, SACERDOTES, SOLDADOS. Pueblo, hombres y mujeres

Al oirse el toque de clarines y después de salir algunos Soldados y Caballeros, aparece Nicéforo, joven, débil, intensamente pálido, sostenido por Nikelas (que es de color bronceado) y sube al trono. Los Caballeros se colocan á los lados. El Abad en lugar no muy visible y lo mismo Pacomio. Al lado de Nicéforo, una grada más abajo, Heraclias; Nikelas se coloca en el primer peldaño. Todos de pie. Los toques de clarín volverán á oirse y no cesan hasta que Nicéforo se haya sentado en el trono. Nicéforo comienza á hablar á Nikelas, á media voz, mientras sube las gradas

NIC. ¡Sostenme fuerte!... ¡más! Nikelas... ahora.
¡Ah, maldición! ¡Si yo tuviera fuerzas!...
(Cesan los clarines y habla Heraclias.)

HER. ¡Oh, hijos de Albia! El augusto que por voto
del cielo impera y rige la Anatolia,
os congrega en las gradas de su trono
y os demanda consejo. Está empapada
en sangre nuestra tierra; cien combates
os cubrieron de gloria, más la suerte
adversa se ha tornado y hoy marchitos
están nuestros laureles. De Bizancio
crecen de día en día las legiones,
si un esfuerzo no hacéis, si el pueblo todo,
niños y ancianos, hombres y mujeres,
monjes, enfermos... á la lid no acuden,
si no se alzan las piedras, si cobardes
el cerco no rompéis y campo libre
no halla el emperador por culpa vuestra
esclava de Bizancio la Anatolia
volverá á ser; y abriéndose las tumbas
los muertos se alzarán para escupiros,
por malos hijos de la patria, al rostro.

ABAD Señor: si la verdad queréis que os diga,
creo que para el triunfo es ya muy tarde.

HER. Callad vos; que hable el pueblo; en él confía
el augusto.

ABAD (Insistiendo.) Señor...

HER. (Imperativamente) ¡El pueblo! ¡El pueblo!
(El abad retrocede.)

ISAAC ¡Gloria al emperador, hermanos, gloria!

ALEJO (Volviéndose al pueblo.)
¡A Nicéforo, no! ¡Gloria á la raza!

ISAAC ¡Gloria al augusto! (Rumores en el pueblo.)

ALEJO ¡No!

SERGIO (A Isaac que se dispone á hablar.)
¡Calla, mal hombre!
(El pueblo sigue disputando en voz baja.)

NIC. (Con voz cansada.)
Heraclias...

HER. Mi señor.

NIC. (Con tedio.) ¿Qué hacen, qué dicen?

HER. (Con ironía.)
Calma, señor; el zumo de las vides
vertido en el lagar, pronto fermenta;
así en sus pechos hervirá la sangre;
que no hay vino más puro y generoso
que la sangre del pueblo.

SERGIO (A los suyos.) ¿Lo entendísteis?
toda la patria, es más que un hombre solo;
los hombres pasan; más la tierra nunca,
la tierra es inmortal y encima de ella
flotan eternamente nuestras almas.

ISAAC (En un grupo.)
Hermanos, humildad.

ALEJO (En otro grupo.) ¡Altas las frentes
y fuera miedo!

NIC. (A Heraclias.) ¿Y el judío qué dice?

HER. Trabaja bien. En el preciso instante
dirá lo que convenga.

NIC. (Con tedio.) Heraclias, siento
asco del pueblo vil y me sofoca
el vaho sudoroso que despide.

HER. En ese vaho, señor, está el imperio;
es el hombre, es la vida; todo un mundo;
mundo que engendra y en el cual se siente
la presencia de Dios.

NIC. Mas no responden.
Tu Dios me tiene miedo. Si crugiera
de mi corcel el látigo en sus lomos,
¡cual corriera ese Dios gradas abajo!

HER. Señor, ¡por el del cielo! ¡que no os vean
reir!

NIC. No puedo más... Yo te los dejo.
(Va á levantarse. Heraclias lo contiene.)

HER. Perdido sois, augusto, si á la plebe
abandonais en hora tan suprema.

NIC. Oh, sí, ¡sálvame Heraclias! Yo los amo...
¡que me sostengan todos! que me salven...
¡Por fuerza sean míos!
(Crecen los rumores del pueblo.)

HER. ¡Pueblo de Albia!
Nuestro excelso señor, se digna oirte.
(Rumores.)
Que hable en nombre de todos uno solo.
Ya lo sabéis, la patria está en peligro.
¿Quién lleva vuestra voz?

ISAAC Yo, señor.

SERGIO Habla.
Sólo por tí .. y yo por todos... luego.

ALEJO ¡Que hable Sergio!

ISAAC Yo tengo por mis años
derecho á hablar... Ved blanca mi cabeza.

ALEJO ¡Sergio!

HER. (Queriendo imponerse.)
¡Soldados!

SERGIO (Avanzando y apartando á Isaac.)
¡Fuera!

ISAAC (Para que le defiendan.)
¡A mí!

HER. (A los soldados de la guardia para que defiendan á Isaac.) A ese hombre
proteged.

(Isaac queda sólo en el centro protegido por los soldados de la guardia.)

SERGIO (Volviéndose al pueblo.)
Esperad; cuando él acabe
yo le contestaré.

PUEBLO ¡Sí, sí! ¡Contéstale!

SERGIO Le echaremos del trono.

ISAAC (Arrodillándose.)
¡Augusto! ¡Excelso!
Rayo de luz y flor del Paraíso:
si mi voz temblorosa sube al trono
es, ¡ay! de gozo porque tú la escuchas;
de rabia porque están á nuestras puertas
los invasores que la patria hollaron.
Pero Albia es grande y siente fiero orgullo.
Delante de sus muros ha caído
vencida, es cierto, sí; pero ahora, todos
iremos á luchar.

(Rumores del pueblo.)

SERGIO ¡Por la Anatolia!

(Nicéforo no se puede contener y dice á Heraclias en voz alta.)

NIC. ¡Que calle ese traidor!

HER. (A Nicéforo.) ¡Calmaos!

ISAAC ¡Guerra!
¡Corra la sangre generosa, hermanos!
El pueblo de Albia, vuestro se declara
y hoy la derramará para serviros.

SERGIO ¡Por Nicéforo no!

PUEBLO ¡Por la Anatolia!

NIC. (Furioso.)
¡Traidores! ¿Quién se atreve á interrumpirle?
¡La patria la circunda mi corona!
¡Yo soy la patria! ¡yo el imperio... todo!

¿Quién me niega el tributo de su sangre?
(Revolviéndose.)
¿Quién al emperador se la disputa?

SERGIO (Avanzando.)
La tierra que es su madre. Es de la tierra,
¡vuestra no!... Ella la da y á ella se torna.

NIC. (Furioso. En pie.)
¡Soldados!

HER. (A los soldados. Por Sergio.)
¡A ese hombre!

NIC. (A los soldados, que lo sujetan.) ¡Encadenadle!

SERGIO ¡Hermanos!

NIC. ¿Quién se atreve á defenderle?

ALEJO Llevadme á mí con él...

SERGIO (Mientras se lo llevan.) ¡Hermanos míos!

NIC. ¡Al tormento los dos! ¡Pronto! ¡Al tormento!
(Los soldados de la guardia se llevan á Sergio y á Alejo. El pueblo se va aplacando, espantado por los gritos de Nicéforo.)
¡Yo vuestro dueño soy! Y aquí mis órdenes
son como las de Dios. Vuestro destino
tengo en mi mano... y sólo con moverla
por tierra rodareis y en un instante
para tragaros se abrirán las fosas!
(Instantes de silencio. Todos bajan la cabeza aterrados.)
¡De hinojos ante mí! Doblad las frentes...
¡y los ojos al suelo!
(Van arrodillándose poco á poco.)
Mira Heraclias...
(Satisfecho y sarcástico.)
¡Miserables!

ESCENA VII

Todos los anteriores (menos SERGIO y ALEJO). ANDRÓNICA. Al arrodillarse el pueblo, queda destacándose en medio de la multitud la figura de Andrónica, en pie con los brazos levantados

AND. ¡Oh! Dios de las alturas,
¿y Tú tamaña iniquidad consientes?

NIC. (A Heraclias.)
¿Quién habló? ¡Una mujer! ¡Y no está en [tierra?

AND. (A los soldados de la guardia, que quieren obligarla á arrodillarse.)
¡Jamás delante de él!

HER. (Al Emperador.) ¡Será una loca!

ISAAC ¡Viva el emperador!
(El pueblo no responde.)

HER. (Imponiéndose.) ¡Oh, pueblo, viva, viva el emperador!

PUEBLO (Dominado y sin entusiasmo; el grito ha de revelar más bien su consternación.)
¡Vítor!

NIC. (Con tedio.) ¡Alzaos!

ISAAC ¡Oh, eterno! ¡Oh, augusto! Un viejo os da las [gracias
por todos.

AND. (Avanzando.) ¡No por mí! Yo elevo al cielo
mis manos... ¡Que la cólera divina
caiga sobre Nicéforo!

NIC. (A Heraclias.) Es la loca. .
(A los soldados de la guardia.)
¿Todavía está aquí? De mi presencia
arrojad pronto á esa mujer.

AND. ¡Tirano
de nuestro pueblo: tú caerás vencido!
¡Te sacarán los ojos!... La cabeza
te arrancarán y cual sangrienta esquila
de un can rabioso, la pondrán al cuello...

NIC. (Tapándose espantado los oídos.)
¡Oh, que calle, que calle!

AND. ¡Y rebotando
con la lengua colgante, cual si hiciese
del aullido del cán escarnio y befa,
vagando por los siglos de los siglos
te verán en las noches tenebrosas
á la cardena luz de los relámpagos,
estremecidas de terror las gentes...!

NIC. (Revolviéndose espantado en el trono.)
Ahogad... ahogad la voz en su garganta.
(Los soldados de la guardia se disponen á llevársela.)

AND. No es locura, Nicéforo; yo sola
puedo salvarte... ¡Es tiempo todavía!
¡Dejadme! (Desprendiéndose.)

HER. Sujetadla.

AND. (Corriendo hacia el trono.) ¡Escucha, escúchame!

(Resistiéndose. El Emperador está como hechizado.)
¡Yo amo al emperador! ¡Me envía el cielo!

NIC. (Como despertando. Enérgico.)
¡Quiero que hable!

AND. (Pidiendo auxilio.) ¡Oh, Nicéforo!

HER. ¡Llevadla!

NIC. (En pie. Con imperio.)
¡No... soldados! ¡Traedla á mi presencia!
¡No es loca... no! ¡Viene de la otra vida...
y he de hablarla!

HER. (A Nicéforo.) ¡Calmaos!

NIC. Palpitante
sentí mi corazón... Saber ansío
por qué late agitado al escucharla
y descubrir la fuerza misteriosa
que hay en esa mujer. ¡Pronto! (Pausa.)
Responde
ó aquí mismo... (Furioso. Ha bajado del trono.)

AND. (Alzando la cabeza.) Señor, ¿quereis acaso
verter toda la sangre de mis venas?
Mirad... mi débil cuerpo tiembla todo
á impulsos del pavor. ¡Pero qué importa!
la muerte dame!... ¡Ya al venir sabía
que el tigre tiene garras!

NIC. (A los Caballeros que van á herirla.) ¡Quién la toca!

AND. (A Nicéforo.)
¡Pobre! Toda esta gente que me mira,
altos y humildes, cuantos te rodean,
sienten odio por tí. Yo, no; yo te amo;
yo, sin verte jamás, te conocía;
sé que vives sin alma y darte quiero,
¡oh augusto emperador, el alma mía!
¡Tómala! ¡Por mis ojos te contempla!
¡Yo sola puedo, emperador, salvarte!

HER. ¡Basta ya!

NIC. No, dejadla. Se recrean
mirándola los ojos... Ved; los suyos
resplandecen lo mismo que los astros,
¡que dentro de sus ojos está el cielo!
(Los Caballeros disputan entre sí.)

HER. Señor, esta mujer nos ha ofendido
y su vida los nobles os reclaman.

AND. (Corriendo hacia Nicéforo.)
¡Amparadme, señor!

CABS. ¡Dadnos su vida!

NIC. (Acabando de bajar las gradas. A Andrónica.) Ven.

PUEBLO Entrégala al pueblo.

NIC. (En medio de los grupos.) Fuera todos,
nobles y plebe. Esta mujer es mía
y es sagrada. ¡Apartad! (A ella.)
¿Lo ves? Yo solo
te salvo.

AND. Sí, vos solo. (A los Caballeros.)
¡Almas ruines!
¿Secas tenéis las fauces? ¿Queréis sangre?
¡Fuera de Albia buscadla!

PUEBLO ¡Es cierto!

HER. ¡Oh, ira!

CABS. ¡Muera! (Ella se estremece de miedo.)

NIC. No tengas miedo. (A los Caballeros.)
Respondedle
con razones, (Protestas en favor y en contra)
con hechos.

HER. (Avanzando.) ¡Oh, la lengua
le he de arrancar!

AND. (Asiéndose á Nicéforo.) Señor, toda la culpa
la tiene ese hombre, cuyo rostro espanta.

PUEBLO Sí, toda.

AND. El es la muerte del imperio,
(Heraclias ríe.)
la muerte está en su cara. Sí, es la muerte...
(Heraclias se dirige á ella con la mano en el puño de la espada. Nicéforo le detiene poniéndole una mano en el pecho.)

NIC. Ni un paso, Heraclias, ó al furor te entrego
de la plebe.

AND. ¡Señor, señor, miradle!
Hedor su cuerpo exhala y envenena
como el leproso el aire que respira.
Sus ojos matan. Secas á su paso
quedan las fuentes. Por el mundo esparce
podredumbres de tumba. Yo le he visto
en mis sueños, en forma de serpiente...
Su cola á vuestro cuello se enroscaba,
y en vez de corazón, aparecía
la cabeza del monstruo en vuestro pecho.

HER. ¡A mí los nobles de Albia!

NIC. ¡A mí la plebe!
(Los caballeros se detienen al avanzar el pueblo. Muchos plebellos llevan armas.)
Deteneos... (Al pueblo.)
(Nicéforo ha quedado mirando á los Caballeros frente á frente. Después mira á Andrónica.)
Y ahora, salid todos.
(Rumor general.)
Todos he dicho... el pueblo, la nobleza.

HER. ¿Y yo también, señor?

NIC. También.

HER. (Familiar.) Nicéforo...

NIC. Es el emperador quien lo ha mandado,
y antes que nadie, obedecer os toca. (Pausa.)
¡Obedeced! ¡Obedeced!

HER. Seguidme.

NIC. (Al pueblo.)
Y vosotros también... ¡Pronto! Soldados,
quiero la soledad. Cerrad las puertas.
(Van saliendo todos.)

MATEO ¿Quién es esa mujer?

JORGE (Burlándose.) Acaso salga
de un lupanar.

PAC. (Indignado.) Es falso... Es la más pura,
es la mujer más santa de la tierra.

ESCENA VIII

ANDRÓNICA y NICÉFORO

NIC. (Satisfecho.)
¡Lejos todos por fin!.. Mira: nosotros
y nadie más.

AND. ¡Y Dios!
(Quedan mirándose. Pausa.)

NIC. (En voz baja.) ¡Y Dios! (Intimo.)
Ven, dime:
¿quién eres tú, mujer? ¿de dónde vienes?

AND. (Cayendo de rodillas y llorando.)
¡Señor, señor, piedad para vos mismo,
que os llevan á morir los que os rodean!

NIC. Habla.

AND. Yo creo en vos. Sobre ese trono

os quiero ver triunfante, hermoso, puro,
vuestra la tierra de un confín al otro,
y por cima de vos, tan sólo el cielo.
¡La muerte, para mí!... ¡Misericordia
para vos!

NIC. Sigue, sigue. ¡Ah! yo quisiera
tenerte así, siempre á mis pies, esclava,
y hacerte padecer para que llores
y contemplar, como ahora, tu hermosura,
(Con rabia y amor impetuoso.)
bañada en los raudales de tu llanto.

AND. ¡Oh, no me habléis asi! No me entendéis,
¡ay de mí triste!

NIC. Sigue... ¡si te escucho!
¡si en tí todo mi ser bebe la vida
que en torno tuyo resplandece, y siento
que la aspiro en el aire! Tú estás hecha
de cielo azul, de estrellas argentadas,
(Ella, que está arrodillada, se va levantando con miedo.)
rayos de sol, espuma de las olas,
besos de ángel y esencia de las flores!

AND. (Llorando.)
¡Ay, señor! ¿Será cierto que por dentro
sois un cadáver?... ¿que vagais sin alma?
(Apartándose con miedo.)

NIC. (Acercándose impetuoso.)
No, no. La tengo, y con tu angustia goza,
y tu angustia te hace todavía
más grata á mis deseos. Ven, acércate,
que mis brazos te sientan. ¡Que me abraso
(Rabioso.)
por gustar de tus besos! Ven, no huyas,
que de amor me consumo... ¡que te adoro!

AND. (Huyendo despavorida.)
¡Señor!

NIC. (Persiguiéndola furioso.)
¡Mi sangre quema!

AND. (Ya iracunda.) ¡No! ¡dejadme!

NIC. ¡Vida eres para mí! ¡dame la vida!

AND. ¡No! ¡jamás!

NIC. (Con risa salvaje.)
¡Ya eres mía! (Caen por tierra.)

AND. ¡Suelta, monstruo!

NIC. (Riendo con ferocidad.)
Eres mujer, y hambriento de caricias
estoy.

AND. ¡Cobarde!

NIC. (Forcejeando.) ¡Ven... así! ¡en tu boca!

AND. (Apartando la cara.)
¡No! ¡no!

NIC. (Besándola.)
Ya te besé. (Riendo.)

AND. ¡Sí! Me has besado
y ahora vas á morir...
(Luchando en tierra, ella se ha desprendido de él y le oprime el cuello con las manos.)

NIC. (Con voz sofocada.) ¡A mí!

AND. ¡Te ahogo!
¡traidor, escupe el beso! ¡escupe el beso!...

NIC. (Gritando con voz sofocada.)
¡Auxilio!

AND. ¡Muere, muere!

NIC. ¡Ah! ¡que me ahogo!

AND. ¡Suelta, monstruo! ¡Por fin! ¡Dios mío! ¡gra-
(Logrando desasirse.) [cias!

NIC. (Siempre en tierra.)
¡Tienes mal corazón!

AND. ¡Oh, miserable!
caña podrida, ruina del Imperio;
¡ruina de hombre y de bestia! ¡Ni cual bestia
de una débil mujer triunfar pudiste!
Me das horror, malvado; te creía
un astro, y un gusano eres tan solo,
un gusano nacido en aguas muertas
que yo aplasté bajo mis pies... ¡qué asco!
¡Y yo pensé que era una voz del cielo
la voz que en mis oídos murmuraba:
«llama á su pecho; es tiempo todavía;
á él y á tu patria diles que despierten!»
Y yo, ¡loca!, al oir que las campanas
llamaban á consejo, decidida
y sola, dejé el claustro... ¡yo! ¡Una monja!
(Con desprecio. Enjugándose el llanto con rabia y arreglándose las ropas en desorden por la lucha.)
Perdóname, Señor; fué desvarío...
á mi celda otra vez, y á rezar siempre
por los muertos... (Dirigiéndose á la puerta.)

NIC. (Cerrándole apresuradamente el paso.)
¡Espera! ¡no me dejes!
Que quiero que me escuches... ¡Que las lá-
[grimas
aquí dentro me queman! (Por el pecho.)
Tengo fiebre
de hablarte, de decirte... ¡no sé!... Oye;
no siento odio por tí; no, no; respeto.
Me hablaste como nadie me habló nunca.
Mujer... mujer... tú no eres de este mundo...
Mas no apartes los ojos; mira; escúchame.
(Con ira.)
¡Oh! ¡No me escucha! ¡Infierno, yo te invoco!
¡dame tu auxilio!

AND. (Dirigiéndose resueltamente á la puerta por donde ha salido el pueblo.) ¡Basta!

NIC. (Corriendo.) ¡Espera! ¡Espera!
¡Te lo pido por Dios! El alma mía
sólo tú si quisieras salvar puedes,
que aquí te envió Dios para salvarla.
(Vuelve Andrónica rápidamente.)
Escucha: me faltaba hace un instante
aire que respirar; si aliento ahora
sólo es por tus palabras que aletean
en torno mío como arrullos de ave.
¿Quién eres?... ¡no lo sé! Pero he sentido
de tu cuerpo al contacto, que mi alma,
mi ser todo, en el tuyo se fundía.
Y mira; ya está hecho tu prodigio
de diablo ó de Jesús... no lo sé... siento
que mis entrañas eran tierra seca;
¡viniste tú, y son ya, fuente de lágrimas!
Tú con tus manos cuando las crispaste
en torno de mi cuello, en él ponías
la argolla del esclavo. Dí, ¿qué quieres?
¿Quieres un trono que á las nubes se alce?
¿Quieres que en torno de tu frente gire
como una deslumbrante mariposa
eternamente el sol? ¿Quieres la tierra
ver postrada á tus pies? ¿Quieres que corra
la sangre á ríos, y que mares forme
y los montes cubriendo al cielo llegue
y los astros inunde, y embriagados
choquen, y hechos pedazos se disuelvan?

AND. Señor, señor... oidme. Sólo os pido
una cosa.
NIC. ¿Y cuál es?
AND. Señor, quisiera
sólo, que fueséis bueno.
NIC. Te lo juro...
lo seré, lo seré, ¡Quiero que sean
todos buenos por fuerza. En sangre y lágri-
[mas
empaparé la tierra por lograrlo.
AND. ¡Oh, no! Me dan horror vuestras palabras.
NIC. ¿Horror? Pues dí .. ser bueno, ¿en qué con-
[siste?
AND. Señor; ser bueno es enjugar las lágrimas
de los demás, para llorar de gozo.
NIC. (Procurando entender lo que Andrónica quiere decir.)
Sí... sí... llorar de gozo.. ¡Oh! ¡si estuvieras
en mi trono sentada, y yo pudiese
posar sobre tu falda mi cabeza
delante de mi pueblo, congregado
y sumiso á tus pies... Si tú llorabas,
tus lágrimas de gozo aquí caerían (Por la cara.)
mezclándose á mi llánto; y confundidos
á impulsos del amor los dos raudales,
brillarían entonces nuestras lágrimas
como un sol que lanzara sus reflejos
sobre el pueblo apiñado junto al trono!
AND. ¡Señor! ¡Gracias, señor!
NIC. ¿No me aborreces?
AND. ¿Aborreceros? ¡No!
NIC. ¿Tu nombre?
AND. Andrónica.
Mas despertemos ya, Señor; esperan
pueblo y nobleza. Y fuera de los muros
acecha el bizantino.
NIC. ¡Y yo este trono
que se derrumba, te ofrecía!
AND. Aun puede
ser fuerte si queréis.
NIC. Manda, gobierna.
¿Qué quieres del augusto?
(Ella va á hablar.) No lo digas.
En presencia de todos quiero que hables...
habla y yo te obedezco.

(Con entusiasmo.) Antorcha eres
que enciende el corazón.

AND. Señor, miradme:
¿quién soy yo para hablar?

NIC. Todo. ¡Mi alma
que no vino, al nacer, conmigo al mundo
y el cuerpo que buscaba al fin encuentra!
Dame tu mano y guíame, ¡te sigo!
¿Ojos no tengo? Préstame tus ojos,
mira y llora por mí... Y si me falta
corazón, dáme el tuyo.

AND. Tornar debo
al claustro que me llama.

NIC. Si me dejas,
mujer, en este instante, á hundirme vuelvo
en negra noche.

AND. ¡Pues decid que vengan!

NIC. (Dirigiéndose á la puerta por donde salieron los nobles.)
¡Todos aquí! ¡Todos aquí! Soldados,
vuelva mi alto consejo... ¡Aquí mis nobles!

ESCENA IX

ANDRÓNICA, NICÉFORO y todos los Caballeros de las escenas anteriores. Nicéforo y Andrónica están en medio de la escena. Nicéforo hablará mientras van entrando

NIC. ¡Pronto, aquí, caballeros! ¡Las tinieblas
huyeron ya! ¡Brille la luz del día!

HER. Señor, no acierto á comprender...

GEL. (A los Caballeros.) Parece
otro el Emperador.

NIC. (A Andrónica.) ¡Lo ves, no saben
mirar la luz, Andrónica!

HER. ¿Aquí dentro
esa mujer aún?

NIC. ¡Mi imperio salva!

HER. (Con familiaridad.)
¡Nicéforo!

NIC. (Imponiéndose.) ¡El augusto!
(A Andrónica.) ¡Mujer, sígueme!

HER. Señor.. ¿á dónde vais?

NIC. A dar al pueblo
leyes de amor, leyes de vida; todo
lo que vosotros nunca me enseñásteis...
¡no me lo dísteis... y encontré maestro!

GEL. ¡El imperio escarnece!

HER. (A Nicéforo.) ¡Eso es demencia!

(Nicéforo se dirige al trono llevando de la mano á Andrónica que se detiene al pie de las gradas.)

NIC. ¡Mirad, mirad! Con ella sube al trono
la juventud, la vida, la hermosura,
Dios, la bondad, el entusiasmo, el pueblo;
mi corazón que se despierta y grita:
«¡Si me quieres salvar, sígueme, Andrónica!»

(Ella al oirle va subiendo, muy rígida la figura, las gradas del trono. Siempre de la mano del Emperador.)

HER. (Queriendo impedirlo.)
¡Oh, no será!

DEM. ¡La majestad profana!

NIC. (Subiendo.)
¡Abrid paso!

HER. (Subiendo un peldaño.)
¡Ella no!... ¡Mujer, detente!

NIC. (Volviendose.)
¡Esas puertas, soldados! ¡Paso al pueblo!

HER. ¿Qué hacéis, señor?

NIC. ¡Bajad la frente, Heraclias!

(Andrónica se sienta en el trono con la cabeza baja. Nicéforo en pie.)

ESCENA X

Los anteriores y todos los del pueblo, menos SERGIO y ALEJO; ocupan la escena rápidamente

NIC. Caballeros: vosotros sois mi guardia
de honor. La de ella, el pueblo. Ya es mi [trono
una gloria, un altar. ¡Sobre él extiende
un ángel tutelar sus blancas alas!

(Los caballeros quedan aterrados y silenciosos.)

JORGE (A media voz.)
¡La novicia en el trono!

MATEO (A media voz.) ¡Y lleva el hábito
del Santo Grial!

PUEBLO (A media voz.) ¡La loca!

PAC. No. ¡La santa!
Yo la conozco, hermanos. Siempre ha sido
el ángel de los pobres. Es Andrónica.
(Todo lo anterior lo dicen mientras van entrando.)

NIC. ¡Escuchad, hijos de Albia! Yo os demando
perdón por mis errores.

HER. (A los Caballeros.) ¡Está loco!

NIC. ¡Perdón, perdón!

PUEBLO ¡Milagro!
(Rumor entre los nobles.)

NIC. (Con firmeza.) Una y cien veces
se lo pido á mi pueblo.

PUEBLO ¡Viva Andrónica!

NIC. ¡Que escuche la Anatolia, pueblo mío!
Andrónica: purísimo incensario,
mirra del cielo eres, yo una brasa...
¡haz que el incienso hasta las nubes suba!
(Hablará Andrónica en pie con voz humilde, mirando primero á Nicéforo; después fija la mirada en el cielo.)

AND. ¡En el nombre de Dios!... ¡Que las prisiones
abran sus puertas á los hijos de Albia
de par en par!... Que cesen para siempre
los terribles tormentos y que sean
hermanos de los grandes los humildes!
¡Que en medio de la plaza, en una hoguera,
del martirio cruel los instrumentos
destruya el fuego!

NIC. ¡Pronto! ¿Qué os detiene?
¡Sus mandatos cumplid con la presteza
del rayo mismo!
(Salen algunos soldados y nobles.)

PUEBLO ¡Viva! ¡Viva Andrónica!

OTROS ¡Viva la santa!

OTROS ¡El ángel!
(Entretanto los nobles inmóviles y aterrados. Andrónica prosigue, como inspirada del cielo.)

AND. ¡Hijos de Albia!
¡Oh, pueblo! ¡Oh, caballeros! Nuestra patria
está en peligro; al despuntar la aurora

cercará el enemigo nuestros muros.
¡Oh, hermanos, despertad! Un pueblo libre
por el linaje sois. ¡Nunca la frente
ante Bizancio la Anatolia incline!
¡Que luche valerosa; que deshaga
el poder enemigo; que se junten
en apretado haz los anatolios,
todo el que sienta arder dentro sus venas
el fuego de la patria; ricos, pobres,
acudid como hermanos al combate!

NIC. Obedecedla... obedecedla todos
y la patria se salva.
(Se ha ido propagando el entusiasmo)

GEL. Sí; ¡á salvarla!

ESCENA XI

LOS ANTERIORES, SERGIO, ALEJO y otros prisioneros ya en libertad

SERGIO ¡Sí! ¡Salvémosla, hermanos!

PUEBLO (Con gran alegria.) ¡Sergio! ¡Sergio!

ALEJO Las prisiones se abrieron.

PUEBLO ¡Viva Andrónica!

AND. ¡Señor! Están muy lejos de nosotros;
la soledad me asusta...

NIC. Dí, ¿qué quieres?

AND. Yo quisiera, señor, que os rodearan,
que se acercaran más.

NIC. ¡Pueblo, adelante!
¡Fuera la guardia! Descendamos juntos
para encontrar al pueblo. Ven, Andrónica.
(El Pueblo mezclándose con los Caballeros, que siguen el movimiento general aunque con cierta rigidez todavía, invade el escenario. Nicéforo y Andrónica bajan algunas gradas. Todos los rodean, pero conviene que sus cabezas sobresalgan por encima de la multitud. Se advierte que no están entre los grupos el Abad, Livanio y Pacomio.)

PUEBLO ¡Adorémosla todos!

OTRO ¡Sí... que es santa!

AND. ¡Viva el augusto, el pueblo, la nobleza, la Anatolia del alma!

NIC. ¡La Anatolia!

AND. ¡Sois cada uno una hoja: el árbol todos!

TODOS ¡Viva!

NIC. ¡Pueblo! ¡A las armas! ¡A la lucha contra Bizan'i ..

SERGIO ¡Guerra al bizantino!

MATEO Y OTROS ¡Muera! ¡Muera!

NIC. ¡Oh, Andrónica! Tú sola hoy mi corona salvas y el imperio.

AND. Y ahora, señor, adiós. ¡Adiós, por siempre!

NIC. ¡No! ¡No! Jamás, jamás... Cerrad las puertas, tú no te puedes ir. ¡Cerrad os digo!

AND. ¡Paso!

NIC. Yo te entregué mis prisioneros por uno solo... ¡tú!

AND. Señor, al claustro debo volver. Cuando en peligro estéis en el claustro buscadme...

PUEBLO ¡Viva Andrónica!

(Andrónica pasa entre los grupos mirando al cielo. Cuando sale se sigue oyendo el clamoreo de fuera que se va apagando hasta el momento de caer el telón.)

HER. ¡Señor!...

NIC. ¡Se va! ¡se va! ¡La quiero, Heraclias!

HER. ¡Calma, señor!

NIC. ¡No, calma, no! ¡la quiero! Es mi vida, es mi alma; al alejarse, el monstruo vuelvo á ser. Mi pecho siento otra vez lleno de maldad sin ella...
(Gritando con desesperación.)
¡Esa mujer!... ¡esa mujer!... ¡Andrónica!

(El Pueblo y los Caballeros han ido saliendo detrás de Andrónica.—Fuera se oye gritar: «¡Viva Andrónica!» mientras cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Sala corta en el palacio de Nicéforo

ESCENA PRIMERA

Aparecen en escena EL ABAD y GELASIO. Después LIVANIO

GEL. Abad, que Dios os guarde.
ABAD Vuestra cara
no presagia buen tiempo, caballero.
GEL. Por las tinieblas de la noche ocultos,
como sombras que avanzan entre sombras,
cerca de nuestros muros han llegado
los bizantinos, y por todas partes
desde el alborear se ven sus huestes.
ABAD Buena noticia.
GEL. ¿Qué?
ABAD Buena noticia
para Bizancio.
GEL. Perdonad; á Heraclias
corro á decirlo.
ABAD (Irónico) Sí; no perdáis tiempo.
(Sale Gelasio.)
LIV. (Entrando.)
Abad...
ABAD Ni una palabra, lo sé todo;
los bizantinos nuestros muros cercan.

LIV. Albricias, pues. ¡Al fin caerá vencida
hoy mismo la ciudad!

ABAD ¡Que el cielo os oiga!

LIV. ¿El asedio querían? Pues sitiadas
las murallas están. Ayer el monstruo
pudo salvarse aún, cuando el mandato
de aquella extraña monja obedeciendo
las prisiones abrió. Pero hoy, Heraclias
el amo vuelve á ser.

ABAD Sí, mas si Andrónica
torna al emperador...

LIV. Se ablandaría
el malvado al oirla. Y cuando ella
se alejase otra vez, de nuevo Heraclias
volvería á mandar.

ABAD ¿Y si la monja
no le dejase?

LIV. Entonces...

ABAD ¿Y si el monstruo
la toma por esposa? Ella es novicia
y él con ojos de fuego la miraba..

LIV. En ese caso, Abad, perdido todo
para nosotros fuera, porque el pueblo ..

ABAD Livanio, el pueblo es todo fanatismo;
como el sol al lucir sobre la tierra
surgió ante sus miradas esa virgen.
Ya lo visteis ayer; corre la plebe
en tropel por las calles y alborota
gritando que en el trono ha de sentarla;
y en pos de esa mujer, si ella la pide
toda su sangre el pueblo vertería.

LIV. ¿Y qué hacer?

ABAD Que del claustro nunca salga
y cueste lo que cueste, que no vuelva
á pisar el palacio de Nicéforo.
(Se oye el rumor del pueblo.)

ESCENA II

EL ABAD, LIVANIO y DEMETRIO

DEM. Ya lo oís, caballeros, todavía
á la monja las turbas vitorean.

ABAD Y eso no es todo: gritan ferozmente
«Muera el emperador.»

DEM. ¡Ay de nosotros!
Se ha impuesto Heraclias, y órdenes ha dado
de que empiecen de nuevo los castigos
y á su prisión los libertados vuelvan.
(El Abad y Livanio se miran satisfechos.)

LIV. Si no cuenta el augusto con la plebe,
perdida está la causa de Anatolia.

ESCENA III

HERACLIAS, EL ABAD, LIVANIO, DEMETRIO, GELASIO que viene con Heraclias y otros caballeros

HER. ¿Por qué, Livanio? Es buena vuestra espada,
pero hay luchas por vos no conocidas.
¡No con halagos se domina al pueblo!
Frente á frente á Nicéforo le puse
y el pueblo se embriaga y se entusiasma
por una loca que encontró á su paso.
¡Al pueblo á latigazos se le doma,
que el látigo le inclina á la obediencia!

ABAD ¡Cierto, señor! Decís muy bien.

GEL. No siempre,
que ahora á los suyos libertar procura.

HER. Son fuertes las prisiones, y las guardan
nuestros leales. Escuchad, Livanio:
Albia se salvará. Dentro de un hora
se alzará esa canalla envilecida
contra los bizantinos. Ya mis órdenes
por toda la ciudad se han pregonado.
¡A la lucha la plebe! ¡A las murallas!
¡y el que se niegue á ir, pierda la vida!

DEM. ¡Armar al pueblo cuando ciego de odio
está contra Nicéforo!...

HER. Las armas
recibirán al pie del mismo muro.

LIV. ¿Y el augusto lo aprueba?

PUEBLO (Fuera.) ¡Viva Andrónica!

HER. Nicéforo en su lecho se revuelca
y á gritos pide con furor y angustia
que venga esa mujer, ese demonio

que todo lo ha revuelto. Mas yo os juro
que aquí no ha de volver, pues manda He-
[raclias.

GEL. El augusto se acerca.

HER. (A los Caballeros.) Salid todos.

ESCENA IV

NICÉFORO, HERACLIAS, EL ABAD, LIVANIO, GELASIO, DEMETRIO, NIKELAS y otros CABALLEROS

NIC. ¿Quiénes son los que salen? ¡Aquí todos!

HER. Sus órdenes cumplid. ¡Volved!

NIC. Gelasio,
á mi lado. Ven tú también, Demetrio.
Todos en torno mío. ¿Es que queréis
dejar solo al augusto?... Rodeadme,
que cuando solo estoy mi frente estalla,
¡que no caben aquí mis pensamientos!
¡que aquí dentro se forja la tormenta,
y por mis ojos secos y abrasados
el rayo centellea!

HER. Os ruego, augusto,
que descanseis.

NIC. ¡Oh! ¡sí! ¡siempre lo mismo!
¿Mas descansar de qué? ¡Cansad mi cuerpo,
que le fatiga el descansar!

HER. Yo guardo,
señor, vuestro reposo y vuestra dicha.

NIC. ¡Mi dicha! ¿Y dónde está? La dicha mía
me la ha enseñado esa mujer, que luego,
ladrona de mi bien, huyó con ella.

HER. Esa mujer, señor, os empujaba
á la fosa.

NIC. No, al cielo; que ella sabe
la senda que á él conduce. Vos teneis
petrificada el alma. La hoja seca
caiga del árbol verde que en él daña
á los tiernos retoños que despuntan.
Lo siento aquí, (Por la cabeza.)
mas yo no sé explicarlo...
Hay algo, hay algo que á los pueblos salva;

la juventud, el amor, la savia nueva
que todo lo fecunda y vivifica,
que es perfume y matices en las flores
polen de oro en el árbol, puro germen,
esencia misteriosa de la vida
que aquí en mi corazón se llama Andrónica.
(Heraclias ríe con sarcasmo.)
¡Cómo hiela esa risa! Hasta mis huesos
la siento penetrar... ¡tiemblo de frío!
¡Oh, sacadme de aquí! ¡Dadme la vida!
¡Dadme un poco de sol que me caliente!
¡Dadme á Andrónica! sí... porque á su lado
me siento revivir...
(A Heraclias que acude á sostenerlo.)
Vos, no. Dejadme.

HER. Es la fiebre, señor.

NIC. (A los Caballeros.) Corred, que traigan
mi litera.

HER. ¡Señor!

NIC. ¡Quiero más aire!
Voy en pos de mi alma; busco á Andrónica.

HER. Bien está. Pero sepa el soberano
que pidiendo la vida del augusto
va por las calles en tropel la plebe.

NIC. ¿Por qué el puñal no clavan hasta el alma
á los traidores que mi vida piden?

HER. (Sarcástico.)
¡Si el augusto lo manda!

NIC. ¡Oh, sí, lo mando!

GEL. Mas ved que son los mismos que de Andró-
[nica
el nombre aclaman...

NIC. ¡Esperad! ¡Es cierto!
Quiero que el pueblo me la traiga en triunfo.

DEM. ¿A dónde vais, señor?

ABAD Dejadle.

NIC. (A los Caballeros.) Paso.
(En el momento de acercarse á la ventana, se oye el clamoreo del pueblo, que no llega á verle.)

PUEBLO { ¡Muera el emperador!
¡Muera!

HER. (A los Caballeros.) Es preciso
que le hable á solas. Caballeros, pronto,
salid. (Salen los Caballeros.)

ABAD. (A Livanio.)
¡Ay, de nosotros si ella vuelve!
LIV. Calma, no volverá; lo impide Heraclias.
NIC. (Por qué el pueblo me odia, si yo amo
á Andrónica también? A la del pueblo
quiero juntar mi voz.)
(Se dirige resueltamente á la ventana, deteniéndose de pronto.)
¿Y si me asestan
un dardo? ¡Ah! desde dentro!... ¡Viva Andró-
[nica!
(Ha intentado gritar, pero la voz ha quedado sofocada en su garganta.)

ESCENA V

NICÉFORO y HERACLIAS

HER. Señor. (Nicéforo no le oye.)
Señor. (Poniéndole la mano en el hombro.)
NIC. (Volviéndose con altanería.)
¿Quién me ha tocado?
(Con humildad.) ¡Heraclias!
HER. Yo, sí.
NIC. ¡Mirad, mirad! ¡Oh, cuánta gente!
Más ahora huyen.
HER. No. Nuestros leales
empujan á la plebe á campo abierto.
¡Ya veréis cómo lucha!
NIC. ¡Sí, sí, corren!
¡Viva Andrónica!
HER. Basta ya de farsa,
señor.
NIC. No os quiero oir.
HER. Es necesario,
me escucharéis.
NIC. Si Andrónica estuviese
á mi lado, yo os juro por mi nombre...
HER. ¡Niño! ¿qué puedes tú? Si te dejara,
¡ay de tí!
NIC. ¡Dadme á Andrónica! ¡Oh, si logro
á su lado llegar!... (Amenazándole con el puño.)
HER. Oye, Nicéforo...

NIC. Yo soy tu emperador; soy el augusto.
HER. Pues óigame el augusto; aunque tormento
diéseis al mundo entero por lograrlo,
no haréis de esa mujer vuestra manceba;
y esposa vuestra no ha de ser tampoco
mientras aliente yo.
NIC. ¡Callad, Heraclias!
HER. (Soberbio.)
Porque soy yo quien rige la Anatolia;
¡yo solo quien impera y quien domina!
¿Y tú quién eres? mísero juguete
que muevo á mi capricho entre mis manos...
¡Si las abro algún día, si te dejo,
en polvo ruin te desharás por tierra!
(Nicéforo retrocede tambaleándose como si fuera á caer.)
NIC. (Apoyándose en un mueble.)
¡No puedo más! Las fuerzas me abandonan.
HER. (Sarcástico.)
Ved al excelso, al grande, al que soberbio
manda en los elementos y en los hombres...
NIC. ¡Oh, no! Yo no soy nada. En vez de sangre
hielo tan solo corre por mis venas
y me falta valor. ¡Oh... me doy asco!
HER. Y á esa mujer no la verás ya nunca.
NIC. (Con cierta energía.)
¡Eso sí! Aunque tuviera que arrastrarme
llegaré á donde está.
HER. ¡Nunca!
NIC. ¡He de verla!
HER. ¡Malvado!
NIC. ¡Y siempre lo dirá mi boca!
¡La veré!
HER. ¡Miserable!
NIC. ¡Sí!
HER. Pues oye:
tú decretas su muerte.
NIC. (Recobrando toda su energía.)
¡Oh, no!
HER. ¡He de dártela!
¡la tendrás! Pero fría, blanca, inerte,
un nudo al cuello, ensangrentada, ¡muerta!
NIC. ¡Oh, tigre! ¡Oh, Satanás! ¡Oh, Judas! ¡Si osas
tocar sólo á un cabello de esa santa,

te arrancaré los ojos y la lengua,
y en tus entrañas clavaré mis uñas!
¿Contra ella tú? ¡Ni el rayo de los cielos,
ni olas gigantes que hasta el sol llegaran
ni Dios, aun siendo Dios, nada podrían!
¡Yo la defiendo, yo! ¡Yo la defiendo!
¡Y mira si te temo, que te escupo!

HER. (Lanzándose sobre el Emperador ciego de rabia. Luego reportándose.)
¡Nicéforo!... Peor que un vil esclavo
mis beneficios pagas!

NIC. (Amenazador.) ¡Ven! ¡Cobarde!

ESCENA VII

NICÉFORO, HERACLIAS, GELASIO, DEMETRIO, THEÓFILO, el ABAD, LIVANIO, NIKELAS y CABALLEROS

THEÓF. Traigo nuevas del pueblo.

HER. (Satisfecho.) Ya mis gentes
fuera de la ciudad le han conducido,
ya no grita, escuchad.
(Al acabar de decirlo se comienza á oir el rumor del pueblo que se acerca.)

NIC. (Esperanzado.) ¡Oh, el pueblo!

HER. (Sorprendido.) ¿El pueblo?

GEL. ¡En tumulto se acerca!

HER. ¡Es imposible!

NIC. ¡Vienen!

HER. ¿Qué pasa?

THEÓF. Que los nuestros huyen.
(Los Caballeros hablan entre sí.)

HER. (Mirando por la ventana.)
Y vienen hacia aquí... (Con rabia.)

NIC. Huyen del pueblo
que los persigue!

HER. ¡Oh, Dios! ¡Y traen armas!

DEM. ¡Señor, en rebelión llega la plebe!

PUEBLO (A lo lejos.)
¡Viva Andrónica!

NIC. (A media voz.) ¡El pueblo! ¡El pueblo! ¡Viva!

HER. ¡Si viene contra vos, cerrad las puertas!
(Salen algunos Caballeros.)

Luchan delante de palacio. ¡Vamos!
(Salen los Caballeros menos Nikelas.)

NIC. Nikelas, ¿eres mío?

NIK. ¡Sí!

NIC. Pues mata á Heraclias.
(Nikelas hace un movimiento de indecisión.)

NIK. ¡Oh, señor!

NIC. Ven, ven. Acércate. (Le abraza.)

NIK. ¿Qué hacéis?

NIC. Te abrazo. ¡Sálvame!

NIK. (Decidido.) ¡Soy vuestro!

NIC. ¡Ahora sin él, Andrónica!

ABAD (Entrando.) Escuchadme;
preciso es ya que la ciudad se entregue.

NIC. No, que ahora triunfaré.

ABAD Nunca.

NIC. Servidme;
id al convento, Abad; decidle á Andrónica
que me venga á salvar. ¡Deprisa!

ABAD Corro...
(En mis redes caerás.) (Sale.)

GEI. (Entrando por otra puerta.) Señor, salvaos,
que hacen saltar la puerta.

NIC. (Como si le absorbiera una sola idea.)
¿Ha muerto Heraclias?

DEM. (Entrando.)
¡Señor, que llega el pueblo!

NIC. ¿Aun está vivo?

DEM. Dentro está de palacio. ¡Huid!

THEÓF. ¡Ya ganan
la escalinata, huid!

NIC. (A Theófilo.) ¿Murió?

THEÓF. ¡Salvémosle!

NIC. ¡Quiero vivir, quiero vivir! ¡Andrónica!
¿dónde estás? ¡Voy á tí! ¡Quiero mi alma!
(Telón.)

La mutación ha de ser rapidísima. Al caer el telón se oye gritar: «¡Muera el emperador! ¡Muera el Augusto!» Luego sigue resonando el clamoreo de la plebe, ya más lejano. Momentos antes de alzarse de nuevo el telón se oye la campana del convento. Silencio al comenzar el segundo cuadro

CUADRO SEGUNDO

Estancia grande de un monasterio de monjas. Todo el fondo aparece cubierto con una cortina azul, á través de la cual se ve vagamente un altar con las luces apagadas, menos la de una lámpara que pende del techo. Es de mañana. El espacio que ocupa la cortina debe ser de extremo á extremo de la escena. El cuadro plástico con que termina el acto es de mucha importancia. La cortina habrá de tener la transparencia necesaria para el efecto del cuadro

ESCENA PRIMERA

El PADRE JUAN y SOR MARÍA

SOR MAR. ¡Ay, padre Juan, que miedo! todavía
estremecida estoy. ¡Ay, Virgen pura!

P. JUAN ¿Y Andrónica?

SOR MAR. Reposa desde anoche
inmóvil sobre el lecho, y se dijera
que está dormida; mas los ojos tiene
abiertos, fijos, y de cuando en cuando
cosas dice que nadie entender sabe.

P. JUAN ¡Pobre Andrónica! ¿Quién se atrevería
á levantar su voz ante el augusto
como ella se atrevió? ¿No habéis oído
todo lo que se dice? Muchos creen
que es un ángel del cielo y que tornose
de nuevo al paraíso.

SOR MAR. (Bajando la voz.) En el convento
no sabíamos nada. La creíamos
dentro de la clausura y en su celda,
cuando á la media noche, ¡santa madre
de Dios! ¡Qué vocerío ante estos muros!
Nos levantamos prestamente; y luego,
sin saber lo que hacer, despavoridas,
nos apiñamos todas en el claustro.
Llaman. ¿Quién podrá ser á tales horas?
«Abrid»—dijo una voz.—Era la suya.
Y abrimos. Y al cerrar, de nuevo suenan
del claustro haciendo retemblar los muros
voces de hombre, gritando: ¡Viva Andrónica!

P. JUAN ¿Y ella?
SOR MAR. Serena estaba, padre mío,
cual si acabase de salir del coro.
P. JUAN ¡Es un prodigio!
SOR MAR. Nuestra buena madre
la abadesa, después, con ella á solas
se encerró.
P. JUAN ¿Y qué dijeron?
SOR MAR. Sin malicia
tratamos de escuchar; mas nada oímos.
Por fin se abrió la puerta de la cámara,
y entonces la abadesa conduciendo
á Andrónica, cogida de la mano,
nos dijo, adelantándose con ella,
que era grata al Señor, porque la vida
venía de exponer en bien del prójimo.
Y la abrazó; y después, todas nosotras.
P. JUAN Y hoy es la profesión... ¡Oh, qué ventura!
SOR MAR. Há tiempo ya que en profesar pensaba
y aunque Albia está revuelta, aquí en el
en paz vivimos. [claustro
P. JUAN Por su acción merece
ser sin tardanza la feliz esposa
de Jesucristo.

ESCENA II

SOR MARÍA, PADRE JUAN y SOR ELENA

SOR EL. (Muy conmovida.) Padre, á vos me envía
nuestra abadesa.
P. JUAN ¿Lloras?
SOR MAR. ¿Qué hay, hermana?
P. JUAN Sí, ¿qué sucede?
SOR EL. Padre, me dan miedo
esos hombres...
P. JUAN ¿Qué hombres?
SOR EL. Los que á Andrónica
quieren ver...
SOR MAR. ¿Dónde están?
SOR EL. (Al Padre Juan.) Nuestra abadesa
dice que hablen con vos, mas que á la her-
no han de ver. [mana

P. JUAN — Diles que entren.
(Sale Sor Elena)

SOR MAR. — ¡Padre, Padre!
¿Y si á matarnos vienen? (Llorando.)

P. JUAN — Hija, déjanos.

SOR MAR. — Ya llegan. ¡Ay, qué miedo! (Yo he de oirles.)

SOR EL. — (Desde la puerta.)
Por aquí. Entrad, entrad.

ESCENA III

PADRE JUAN, SERGIO, ALEJO, MATEO y algunos otros. Sor Elena y Sor María amedrentadas pero curiosas, en un extremo de la escena.

SERGIO — Padre, queremos
ver á Andrónica.

P. JUAN — ¿Y quienes sois vosotros?

SERGIO — Los que ayer, en palacio, entre las garras
cayeron de Nicéforo... Y Andrónica
la vida nos salvó.

ALEJO — Y ahora venimos
á decirle que el pueblo de Albia es suyo.

P. JUAN — ¡Ah, sí!... Si es una santa.

MATEO — (A Alejo.) ¿Ves?

ALEJO — No, un ángel.

SERGIO — Ni ángel, ni santa. Una mujer tan solo.
(Rumores.)
Y lo vuelvo á decir. Pero es que Andrónica
vale siendo mujer, más que valdrían
todos los hombres de la tierra juntos.
¡Toda ella es gloria y luz! ¿Dónde está?
[¡Pronto!
Compañeros, venid, que hemos de hablarla.

P. JUAN — ¿Hablarla? ¿Y para qué?

SERGIO — ¿Y aún lo pregunta?
Para decirle á Andrónica, por estos
y por todos, que el pueblo quiere hacerla
su emperador; y quiere ver caído
á ese mal hombre, lepra de la patria.
¡Eso! que la adoramos. Que por ella
pasaremos la vida de rodillas

si nos lo manda y con los labios puestos
en el polvo que pisa. Y si ella quiere
nuestra sangre, decirle: «Es tuya, Andró-
[nica.»
Mas monja no has de ser; si te haces monja
nos robas lo que es nuestro, porque tu alma
es el alma del pueblo. «¡Compañeros,
vamos pronto á decírselo!»

ALEJO ¡Sí, vamos!

MATEO ¡Vamos deprisa!

P. JUAN ¡Deteneos!

SERGIO Padre.
¿Dónde está? (A Sor María y Sor Elena.)
Estas lo saben. ¡Que lo digan!

SOR EL. ¡Auxilio! (Espantada.)

SOR MAR. ¡Padre Juan!

P. JUAN (Conteniendo al pueblo que avanza hacia la puerta en donde están las monjas.)
¡Hijos, oídme!

SERGIO (Al Padre Juan, deteniéndose.)
¿Por qué lloran? (A las monjas.)
¡Por Cristo! Sed como ella,
tened pecho y servid de algo en el mundo!
(Huyen las monjas, gritando, despavoridas.)

P. JUAN ¡Oh, qué tumulto aquí!

SERGIO (Al Padre Juan.) Que venga Andrónica.

P. JUAN ¡Hijos, por caridad!

SERGIO Haced que salga.
En nuestros brazos vamos á cogerla
quiera ó no quiera para darla al pueblo...

P. JUAN ¡El templo respetad!

SERGIO Fuera se encuentran
á millares los nuestros. Yo soy fuerte,
(Alzando los brazos como para demostrar su vigor.)
mirad... cogerla puedo cuál se coge
un brazado de flores y ponerla
sobre mi pecho que es su altar. ¡Ya siento
latir el corazón. sólo pensando
que he de llevar sobre él tan dulce carga!

P. JUAN Por el amor de Dios...

SERGIO (Apartándole.) ¡Seguidme todos!

ESCENA IV

ANDRÓNICA, PADRE JUAN, SERGIO, ALEJO, MATEO, algunos del pueblo, SOR MARÍA y SOR ELENA. Andrónica ha aparecido saliendo por detrás de las otras monjas que lloran asustadas y avanza serena dos pasos. Sergio y los suyos quedan como fascinados sin atreverse á decir nada

AND. ¡Heme aquí ya! ¿Qué me queréis?... Decidlo.
SERGIO ¡Es ella!
ALEJO (A Sergio.) Háblale tú.
P. JUAN (Para que no avance.) Detente, Andrónica.
AND. ¿Preguntábais por mí?
SERGIO (Como fascinado.) Por vos, sí...
P. JUAN Quieren
arrancarte de aquí por fuerza.
AND. Padre,
al pueblo no temais; es bueno y vierte
su sangre generosa por la patria,
que es el más puro amor de los amores.
Todo lo que habéis dicho, hermanos míos,
yo lo escuchaba.
SERGIO ¿Oís? Nos llama hermanos.
AND. Y os lo agradezco con el alma entera,
que ya no es libre como ayer. ¡Ay, Padre,
yo debo hablar con vos.
P. JUAN ¡Hija querida!
AND. Y á vosotros os pido que mi angustia
respetéis, porque ya no soy aquella
que fué al palacio del augusto. Un dardo
al pecho me asestaron, y ¡ay! le llevo
aquí dentro, clavado en las entrañas.
SERGIO ¿Herida vos? ¡Muera el tirano! Os juro...
AND. ¿Qué dices, Sergio? ¡No! Ya no es tirano;
ha conocido el bien; es otro hombre.
SERGIO Os engaña el traidor; de nuevo el monstruo
á su pueblo encarcela y martiriza.
AND. ¡Nicéforo! ¡Mentira!
P. JUAN Es cierto. Apenas
su cámara dejaste cuando el mísero
tornó á su crueldad.
ALEJO ¡Es vil!
SERGIO Pedazos

hemos de hacer su cuerpo, y sus despojos
al muro arrastraremos.

AND. Yo os prohibo
que á su vida atenteis... ¡Sépanlo todos!

SERGIO Habladle vos al pueblo. ¡Venid!

P. JUAN (Deteniéndola.) ¡Hija!

SERGIO ¡Ah! si viniéseis con nosotros ahora,
¿quién nuestro empuje detener pudiera?...
¡Venid! ¡Por nuestra patria os lo pedimos!

ALEJO y OTROS ¡Sí, todos, todos!

SERGIO La Anatolia os llama,
venid. ¡Por nuestros hijos, por los muertos
que se estremecen dentro de sus tumbas
al sentir que se acerca el bizantino
hollando el suelo de la madre patria!
¡Por Dios Padre, venid!

AND. Por El os juro
que si El lo quiere os sigo, mas dejadme
hablar con El. Y si El lo manda, el claustro
dejaré para siempre. Hermanos míos,
¿tenéis fe en mí?

PUEBLO ¡Sí, todos, todos!

SERGIO ¡Ciega!
Mas dejadnos besar tan solo un pliegue
de vuestra vestidura.

AND. ¡Ah, no! La mano.
(Ofreciéndosela.)

SERGIO ¡Tocarla con la mía! (Sin atreverse.)

AND. (Acercándose con la mano extendida.)
Sí...

SERGIO (Con gran emoción.) (¡Yo muero!)

AND. (Acercándole la mano á la boca.)
¡Tienes un alma grande!

SERGIO (Besándole la mano. Entusiasmado.) ¡Desde ahora!

AND. (Dando á besar su mano á los otros.)
Son buenos compañeros. Id.

ALEJO ¡Oh, gracias!

AND. (Abrazándose llorando al Padre Juan.)
¡Padre!

ALEJO (Al pueblo, saliendo.)
¡Pero Nicéforo que muera!

SERGIO (Saliendo el último.)
Llevo aquí su calor... ¡Oh, qué alegría!

ESCENA V

ANDRÓNICA y el PADRE JUAN

AND. (Rápido y con emoción.)
Escuchad, Padre Juan.

P. JUAN ¡Oh, sí!...

AND Y de prisa.
Desde que he vuelto al monasterio y sola
me he encontrado en mi celda, estoy lu-
[chando,
pero vencida ya, vengo á decíroslo:
monja no puedo ser, no quiero serlo:
sépanlo la abadesa y mis hermanas.
Que el altar no iluminen, que me arrojen
pronto fuera de aquí, porque he pecado,
y estoy pecando; porque el cielo, Padre,
no está en mi corazón; siento con rabia
que en lugar de mi Dios, pienso en un
[hombre.

P. JUAN Andrónica, ¿qué dices?

AND. Escuchadme.
Tocaban á rebato, padre mío,
las campanas ayer... Era que al pueblo
llamaban á consejo. El suelo patrio
hollaba el invasor. Y parecióme
que Jesús me decía: «Anda, predica
el amor á los hijos de Anatolia.»
y dejé el monasterio henchido el pecho
de amor á mis hermanos, y dispuesta,
por ser grata al Señor que lo quería,
á libertar ¡triste de mí! la patria.
Y del augusto me encontré en presencia;
aquel hombre era un monstruo y le maldije.
Pero se alejan todos, y me encuentro
sola con él. ¿Por dónde huir? Sus ojos,
por doquier me persiguen, me detienen.
¡Se abren sus brazos y en mi boca siento
unos labios de fuego que me besan;
que besan, no, que muerden como víboras!

Le quise ahogar; con un supremo esfuerzo
me arranqué de sus brazos...
(Pausa. Avergonzada al hacer la confesión de su amor.)
¡Oh, qué angustia!
esparcido el veneno de aquel beso
por mis venas, sentir me parecía
la caricia infinita de sus labios.
¡Padre, perdón; le amo! Yo le he visto
hacer el bien por mí. Si á los horrores
volvió de nuevo el triste, es que le cercan
los viles que le infaman. Padre mío,
mi cielo no está aquí. ¡Perdón! Salvadme
que aquí dentro sin él, me moriría.
Y hasta después de muerta y bajo tierra
sentiría el calor de aquellos labios
penetrar en mis huesos. Y si entonces
me llamase, de amor estremecida,
removiendo la tierra de mi fosa
otra vez me lanzara entre sus brazos.
¡Que apaguen el altar y adiós por siempre!

ESCENA VII

ANDRÓNICA, EL PADRE JUAN, EL ABAD. Después, LIVANIO

Aparecen, el Abad, por detrás de la cortina; Livanio, por la puerta de la izquierda

ABAD El altar se encendió por órden mía
y esperan la abadesa y tus hermanas.

AND. ¡Ah, señor, imposible! El dulce anhelo
de ser la esposa de Jesús, en mi alma
se extinguió desde ayer.

ABAD ¡Pobre paloma!
Me das piedad. Te fascinó el milano.
¡El augusto escarnece tu inocencia!
Es Lucifer quien toma su figura
para tentarte y condenar tu alma
con el alma precita de Nicéforo.

AND. ¡No, no... puede salvarse... ¡Dios le asiste!
¡Y él me ama, sí, me ama!

ABAD (A Livanio que entra.) Vos Livanio
decídselo.

AND. (¡Ay de mí!)

LIV. Cuando dejastéis

la cámara imperial, en torpes risas,
al punto prorrumpió, mientras mandaba
que de hierros cargasen nuevamente
á los caudillos que la plebe sigue.
Y dijo que os quería para esclava,
mas nunca para esposa.

AND. (Se me parte
el corazón.)

ABAD ¡Seguid!

LIV. Señor... (Vacilando.)

ABAD Es fuerza
que ella lo sepa todo. Es por su dicha.

LIV. Puesto que lo mandais... Dijo el augusto,
que si una noche como esposa suya
queréis servirle, que os regala...

AND. ¡Oh, basta!
(Abrazándose al Padre Juan.)
¡Padre Juan! ¡Padre Juan!

P. JUAN ¡Valor, Andrónica!
(Pausa.)

LIV. La ceremonia, abad, que el tiempo corre
y si el emperador...

ABAD Será al instante.
(A Andrónica.)
Y ahora, decid: ¿qué quiere la novicia?
¿Que apaguen esas luces?

AND. ¡No! ¡Que enciendan!
¡Más claridad! ¡Más luz! ¡Hermanas mías,
á vuestro lado vuelvo! ¡Fué locura!
¡Llegó el último día de Anatolia!
¡Padre, padre, venid... Dios lo ha querido!

P. JUAN Su voluntad acata.

AND. Que se cumpla
en cielo y tierra eternamente.
(Momentos antes de dirigirse hacia la cortina Andrónica y el Padre Juan, el altar se habrá iluminado por completo. Cuando Andrónica aterrada por las palabras del Abad y por la revelación que teme, exclama «¡Ay de mí!», la comunidad comienza á reunirse. El cuadro ha de verse bien á través del velo Las monjas con velas encendidas, hacen la genuflexión ante el altar. Luego quedan á ambos lados y de pie.)

P. JUAN (Sosteniéndola.) ¡Hija!

AND. Ya entre vosotras me tenéis, hermanas.

(Cae la cortina detrás de ella. El Padre Juan y Andrónica rezan ante el altar. Luego se arrodillan todas las monjas y se oye el murmurio de sus oraciones. Una monja presenta al Padre Juan un velo blanco. El Padre Juan lo ofrece ante el ara. Andrónica se prosterna y el Padre Juan cubre su cuerpo con el velo. Vuelve Andrónica á arrodillarse. Al oirse el primer grito de Nicéforo, resuena el canto. Véase al final la música. Poco antes de entrar Nicéforo en escena, Andrónica se habrá puesto en pie. El Abad y Livanio quedarán en primer término de la escena.)

ABAD Triunfamos, caballero. Albia se pierde.
El palacio imperial habrá arrasado
á estas horas el pueblo.

LIV. Sí; mas si ella
mudase ahora de intento..

ABAD No temais;
es mujer, y la herida fué muy honda.
Y además, ved, la ceremonia avanza.

LIV. ¿No escuchais? Crecen fuera los rumores.
(El espectador no ha de oir todavía los rumores del pueblo, que deben llegar hasta el público por un lado de la escena. El Abad sigue la ceremonia de la profesión con marcada angustia.)

ABAD Calma, Livanio, calma. Ahora nosotros
recemos por la esposa que le llega
á Dios nuestro Señor. (El Abad se arrodilla.)

LIV. ¿Y si la plebe
entra y logra impedir?...
(Se comienza á percibir el rumor del pueblo.)

ABAD Arrodillaos,
rezad, rezad conmigo. (A media voz.)
«Padre nuestro...»
(Crecen los rumores. Livanio se arrodilla.)

LIV. Si al menos esa chusma hubiera dado
muerte al emperador...

ABAD (Por el altar.) ¡Pero no acaban!
¡Deprisa! ¡más deprisa!... «y que se cumpla
tu santa voluntad, así en la tierra
como...»

LIV. (Levantándose.)
El tumulto aumenta. Se diría
que la plebe está dentro del convento.

ABAD (Levantándose también.)
¿Qué decís? ¿Estais loco? ¡No es posible!

ESCENA VII

SOR ELENA, ABAD, LIVANIO. Después NICÉFORO. Sor Elena viene de la parte del exterior

SOR EL. ¡Ay, Virgen Santa! ¡Es él! ¡Es él! Yo misma le he visto entrar.
ABAD ¿A quién?
LIV. Hablad.
SOR EL. A ese hombre.
ABAD Cerremos esa puerta. (Cierra una lateral.)
¿Quién ha entrado?
Suben.
(Imperativo.) Más bajo.
SOR EL. Es él, es el augusto,
que huyendo viene.
ABAD (Apartándola de la cortina.)
Calla...
SOR EL. ¡Le defienden
sus nobles contra el pueblo que le acosa!
LIV. ¡Perdidos somos si el augusto llega!
ABAD ¡Aun no! (A Sor Elena.)
Vos aquí muda. O si no un rayo...
(Alzando un brazo al cielo.)
SOR EL. ¡Oh, no! piedad.
ABAD (A Livanio.) ¿Acaban? Un instante,
un solo instante más... y es tarde.
NIC. (Dentro.) ¡Andrónica!
ABAD (A Livanio.)
Que no entre aqaí. Que caiga muerto fuera.
LIV. Está puerta está firme. (Empujando.)
ABAD (Por Nicéforo; escuchando.) Se aproxima.
NIC. (Junto á la puerta.)
¡Andrónica!
ABAD (A Livanio.) ¡Empujad!
(Por los del altar.) ¡Allí no le oyen!
LIV. Aun está solo.
NIC. ¡Andrónica!
ABAD ¡Ya llega
el pueblo persiguiéndole! ¡Que acaben!

NIC. ¡Por Dios! ¡Abrid! ¡Por Dios!
(Nicéforo golpea la puerta. Se oye el clamoreo del Pueblo que se acerca.)

ABAD La ceremonia
tocando está á su fin.

LIV. La puerta cede.

ABAD (Apartándose de la puerta.)
¡Ah! ¡Ya resuena el canto! ¡Ya es profesa!
(Momentos antes de terminar la profesión los cantos han de ser más marcados.)

ESCENA IX

LOS ANTERIORES, NICÉFORO; después SERGIO y ALEJO

NIC. (Abriendo violentamente la puerta.)
¡Andrónica! ¡Por fin! ¿Dónde está Andrónica?
(Al entrar, abriéndose paso, se ase Nicéforo de la cortina que oculta el altar. La cortina se desprende cayendo hacia un lado. Quedan completamente visibles el altar y las monjas. Estas dan un grito de terror que interrumpe la ceremonia.)

AND. ¡Oh, Dios mío! ¡Es Nicéforo!

NIC. (Cayendo delante de ella sobre las gradas.)
¡Sí, sálvame!
(Nicéforo llevará las ropas desgarradas. En este instante invade la escena el Pueblo, capitaneado por Sergio y Alejo. Todos llevan armas: hachas, espadas, puñales, etc.)

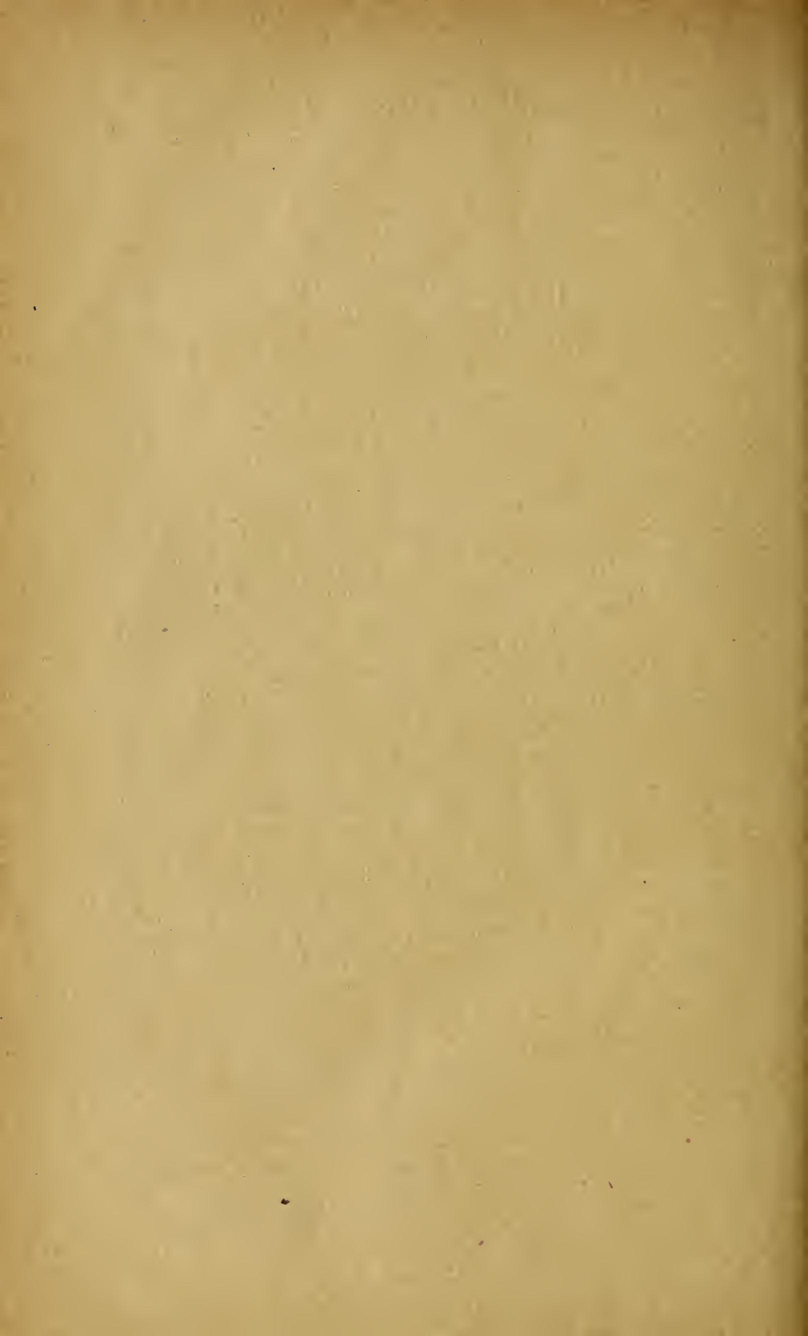
SERGIO ¡Muera el emperador!

ALEJO ¡Muera el tirano!

PUEBLO ¡Muera el augusto!

AND. ¡Atrás! ¡Yo le defiendo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Gran sala del palacio de Nicéforo con rompimiento al fondo. Los muebles aparecen destrozados y desgarrados los cortinajes. Todo en el mayor desorden. Arco grande de galería á la izquierda. Otro más grande á la derecha. Es noche de luna. Solo alumbra la escena su resplandor.

ESCENA PRIMERA

HERACLIAS caído en tierra. Ilumina su cuerpo un rayo de luna. La cabeza queda en sombra

¡Mis gentes, mis leales! ¡Pronto, luces!
¡Que huyan las sombras! Alumbrad la cá-
[mara.
¡Ah! ¡Maldición! ¡Mis párpados se cierran
otra vez! ¡Morir no! ¡Quiero la vida,
la vida, oh, Dios eterno! Que yo vea
donde estoy; que recuerde mi memoria.
¡Ah, lo recuerdo, sí! Traidora mano
por la espalda me hirió y en mis oídos
escuché resonar estas palabras:
«Por Nicéforo mueres, el augusto
es quien te dá la muerte...» ¡Y yo moría!
¡Mas se abrieron mis ojos, y aun aliento!
Y las sombras huirán que me circundan.
¡Ah! ¡Luz! ¡Traedme luz! ¡Aquí mis gentes!
¡Vuestro caudillo os llama! (Escuchando.)
Me oyen... llegan.

(Por la parte de la izquierda se ve una claridad que va aumentando.)
¡Claridad, claridad! ¡Mis caballeros!
¡Aquí pronto mis hombres de batalla!

ESCENA II

HERACLIAS y EL ABAD con una antorcha encendida

ABAD ¿Quién está aquí?
HER. ¡Venid, venid! ¡Socorro!
ABAD (Avanzando.)
¿Quién grita?
HER. (Reconociéndole.) ¡Es el Abad!
ABAD ¿Quién sois?
(Reconociéndole.) Heraclias.
¿No me engañan mis ojos?
HER. (Reconociendo el lugar donde está.) ¿Dónde estoy?
¡Dentro estoy de palacio, pero todo
es destrucción y ruina en torno mío
cual si el infierno hubiese aquí dejado
su mortífero rastro!
ABAD ¡Oh, quién dijera
que fuéseis vos, Heraclias!... Yo os creía
al lado del augusto combatiendo
contra los bizantinos...
HER. ¿Pero lucha
el augusto sin mí?
ABAD Buscó el amparo
de la monja, y el pueblo y la nobleza
fuera de la ciudad combaten juntos.
HER. ¡La nobleza también!...
ABAD En pos de Andrónica,
que profanó sacrílega sus votos,
toda la gente á combatir salióse.
HER. ¡Ah, malvados! ¡Y á mí me abandonaron!
¡Pasaron sobre mí!
(Se ha ido levantando poco á poco. El Abad acude á sostenerle.)
ABAD ¡Por Dios, parece
que os vais á desplomar!
HER. Aun tengo vida
y fuerzas tengo, Abad, para vengarme

de todos los traidores. Dadme nuevas;
¿triunfa el emperador sin mí?

ABAD ¡Más calma!
Nadie ha vuelto del campo. Todavía
debe durar la lucha. Mas decidme,
¿quién os hirió?

HER. Por orden de Nicéforo
el hierro me clavaron.

ABAD ¿Qué habéis dicho?
¡Es imposible! ¡Deliráis, Heraclias!
¿Contra vos el augusto?
(Comienza á clarear el cielo anunciándose el día.)

HER. (Con desesperación.) ¡El que en mis brazos
hasta hoy he mantenido sobre el trono!
El gusano que pude con mi planta
aniquilar mil veces, cual podría
Dios á sus criaturas. ¡Yo, el caudillo
orgullo de Anatolia! ¡El que enfrenaba
el poder de Bizancio! ¡El que en espuma
convertir supo sus rugientes olas
que llegan cual montañas formidables!
Mas yo no he muerto, Abad, ni he de morir-[me
hasta lograr completa mi venganza.
¡Y sí, por Dios, me vengaré! La noche
finaba ya cuando torné á la vida
y me encontré sobre estas duras losas
como un perro que muere abandonado.
Y juré, entonces, puesto de rodillas
y en el cielo los ojos, por mi alma,
que he de vengarme aunque Anatolia entera
se convierta en inmensa sepultura
de todos los que á Heraclias traicionaron...
¡Y en esa fosa arrojaré á Nicéforo!

ABAD (Irónico.)
¡Cómo! ¿Vos contra él? ¡Es desvarío!
Mirad, si ahora volviese derrotado
le abriríais los brazos, y defensa
encontraría en ellos el augusto.
¡Ah, sí, seguro estoy! Y si tornase
triunfante, vos llorando de contento
al amo seguiríais de rodillas,
tal vez besando, para serle grato,
de Andrónica la veste.

HER. Abad, de oiros
el alma se me enciende. Y vuestra cara,
vuestras palabras—ya otra vez lo dije—
me hacen dudar de si quereis que sea
gobernada esta tierra por Nicéforo
ó que vuelva al dominio de Bizancio.

ABAD ¿No oís? Rumor lejano.

HER. ¿Qué?

ABAD Diríase
que es el rumor del viento... O tal vez vuelven.

HER. (Angustiado.)
¿Que vuelven? ¿Quiénes vuelven? ¿El augus-
[to?

ABAD (Con intención.)
Y Andrónica.

HER. ¿Vencidos?

ABAD Escuchemos.

HER. Calma. (Va creciendo la claridad.)

ABAD No se oye nada.

HER. Llega el día.

ABAD ¡Oid! ¡Más cerca! ¡Es gente! ¡No! Son olas,
olas de carne humana.

HER. ¡Oh, Dios, qué angustia!

ABAD ¡Gritan victoria!

HER. ¿Mas de quién el triunfo?

ABAD (Reanimándose.)
¿Y si fuesen las turbas de Bizancio
las que han entrado en Albia? ¿Y si en la
[lucha
rotos los anatolios, ahora arrastran
de Andrónica y Nicéforo los cuerpos?

HER. Abad, ¡que lo contemplen estos ojos
y trágueme el infierno!

ABAD (Por Heraclias.) (¡Oh, Dios, ayúdame,
haz que este hombre sea mío!) Heraclias. .

HER. ¡Oh, callad! ¡Escuchemos!
(En este instante se siente un clamoreo formidable)

ABAD (Retrocediendo.) «Viva» gritan.

HER. Viva, sí... ¿Pero quién?

ABAD ¡Mata la duda!
No se oye nada, ¡nada!

PUEBLO (Fuera, clamoreo formidable.) ¡Viva Andrónica!

ABAD ¡Nicéforo ha triunfado!

HER. ¡No! ¡mentira!

(Corriendo á la galería.)
¡No, miserables, no! ¡Muera Nicéforo!

ABAD Silencio, que os perdéis...

HER. ¡Que caiga un rayo!

ABAD (Sarcástico y rabioso.)
Y vuestros asesinos con él llegan;
(Se hace de día.)
y vos ayudaréis al gran Nicéforo
que os mandó asesinar... (Riendo con sarcasmo.)
¡Gloria al augusto!

HER. ¡Abad! ¿Cómo arrancarlo de su trono?
¡Decídmelo!

ABAD Sed mío. Obedecedme.

HER ¿Tienen los bizantinos otro ejército?

ABAD Lo tienen. Y se acerca.

HER. ¿Estais en contra
de Nicéforo?

ABAD Sí. ¡Siempre lo estuve!

HER. Gente de guerra tengo que á mi lado
luchará contra él...

ABAD Que ignoren todos
qne la vida salvastéis... Que no os vean.

HER. Abad, no puedo más.

ABAD Venid.

HER. ¡Nicéforo,
tengo sed de tu sangre!

ABAD ¡Valor! Vamos.

(Salen por una de las puertas de la derecha, sosteniendo el Abad á Heraclias.)

ESCENA III

SERGIO, ALEJO, MATEO, JORGE y Pueblo armado. Entra de pronto una masa de gente; después otra, y entre ambas los personajes que toman parte en el diálogo

MATEO Camaradas, entrad.

ALEJO Entrad.

SERGIO No, Alejo,
que no pasen de aquí.
(Gritando.) Que se detengan,

que están los aposentos del augusto
á esa parte.

MATEO ¿Y qué importa? El nos ha dicho
que todo lo que es suyo es también nuestro,
y que quiere que vivan como hermanos,
el pueblo y la nobleza.

JORGE Muerto Heraclias,
¡hermanos somos todos para siempre!
¿Por quién triunfó Nicéforo? ¡Su triunfo
lo debe á nuestro esfuerzo!

SERGIO ¡No! La patria
ha triunfado por ella. Sin Andrónica
nuestra patria vencida hubiera sido
en la pasada noche. Sin Andrónica
fuéramos todos pasto de los buitres.
¿No la vistéis cruzar en su litera
el campo de batalla, medio cuerpo
fuera de las cortinas y... «¡Adelante!»
gritándole al augusto que cabalga
del pueblo y la nobleza rodeado?
Y al vacilar un punto nuestro brío
ante las avalanchas bizantinas
¿no la vísteis saltar de la litera,
montar un potro, asirse de sus crines
y revuelto el cabello, en ira ardiendo
sus inflamados ojos, como loca
lanzarse entre las huestes del contrario,
que visión del infierno la creyeron?
¿Y no vísteis entonces, cuál la plebe
de Nicéforo en pos corrió á salvarla?
Pero Bizancio huyó como las nieblas
que el viento arrastra y nuestro quedó el
[campo.
Y desde el fondo de la madre tierra
que guarda de los muertos las cenizas,
la anatólica gente de otros siglos
parecía gritar: «¡Viva la patria!»
en tanto que sus almas desde el cielo
«¡viva, viva la patria!» respondían.

ESCENA IV

SERGIO, ALEJO, MATEO, JORGE, PUEBLO y NIKELAS

NIK. (Entrando precipitadamente con algunos soldados, con el brazo extendido como para demandar silencio.)
¡En nombre del augusto!

PUEBLO ¡Viva Andrónica!

NIK ¡En nombre del augusto, oidme!

SERGIO ¡Oigámosle!

ALEJO ¡Escuchad!

MAT. ¡Escuchadle!

NIK. ¡Pueblo! Os ruega
que en silencio salgais el soberano.

SERGIO Esperamos á Andrónica. Queremos
que ella la augusta en Anatolia sea
y que no torne al claustro.

PUEBLO ¡Oh, nunca!

NIK. Pueblo;
si me escuchais, esa mujer al claustro
nunca más volverá. Quiere el augusto
romper los votos que prestó en mal hora.
Mas sabed que romperlos solo puede
la Iglesia soberana.

SERGIO ¡Por la tierra
Dios dejó el cielo, y hasta dió su vida;
que ella deje el sagrado por la patria!

NIK. Pueblo de Albia: Nicéforo confía
en vosotros. (Rumores.) Oidme: la profesa,
cuando acabó la lucha en que triunfamos
por su ardimiento, pálida, anhelante,
cerró los ojos y cayera inerte
como frío cadaver, si el augusto
no hubiera recibido entre sus brazos
de su cuerpo purísimo el tesoro.
Y dándole calor contra su pecho,
se acerca ya el augusto.
(Nikelas ha ido bajando la voz, Pausa. En este instante se ha de oir en medio del silencio el ruido creciente de las herraduras de los caballos sobre las piedras.)
Oid: ya llegan.
(Emoción en el pueblo, pero sin gritar.)

SERGIO — Hermanos: á la iglesia todo el pueblo.
Sepan los sacerdotes que esa santa
ha de ser hoy esposa del augusto,
á pesar de sus votos.

NIK. — (Que se ha acercado á una puerta y vuelve.)
¡Pronto!.¡Pronto!

SERGIO — ¡A la iglesia!... ¡Salgamos!

TODOS — ¡A la iglesia!

(Salen todos hablando en voz baja por puerta distinta de la que entran Nicéforo, Andrónica y los demás personajes.)

ESCENA V

ANDRÓNICA, NICÉFORO, NIKELAS, DEMETRIO y OTROS CABALLEROS. Primero entran algunos Caballeros. Poco después Nicéforo llevando en brazos á Andrónica. Entran todos rápidamente

NIC. — ¡Despejad, despejad! ¡Ella y yo solos!
(Salen todos rápidamente por distintas puertas. Nicéforo deja á Andrónica sobre un sitial, y él se arrodilla á sus pies.)
Yo, como un perro fiel, aquí á sus plantas
aspirando el aliento de sus labios;
su puro aliento, que es mi vida. ¡Andrónica!
¡rosa y lirio del alma, luz del mundo,
raudal de amor, cuya corriente pura
cesó de pronto convertida en hielo!
¡Valor! ¿Me escuchas? Ya los enemigos
huyeron como sombras.. ¡Lo tuviste
¡oh, vida de mi vida! en la batalla,
y ahora tu rostro es nieve y en mis brazos
temblando estás como medrosa tórtola!
¡Oh, Andrónica! ¡Oh, mi Andrónica! despierta
que ya en los cielos amanece el día,
que el sol madruga por besar tu frente,
y en torno tuyo, centro de mi alma,
del universo entero, todo es gloria.

AND. — (Volviendo en sí.)
¡Ay de mí! ¿Dónde estoy?

NIC. — Donde la dicha

te espera, orgullo mío, donde todo
viste de gala porque tú has llegado.

AND. (Levantándose.)
¿No me encuentro en el claustro?

NIC. ¡Estás conmigo!

AND. ¡Oh, que me lleven pronto al monasterio!
¡A mi sagrado! ¿Dónde está mi celda?
¿Dónde mi Cristo?

NIC. (Abriendo los brazos.) Aquí sobre este ara,
los brazos extendidos cual los suyos,
cuando por el amor hízose hombre!

AND. ¡Todo acabó, Nicéforo!

NIC. ¡No, Andrónica!
Para tí y para mí todo comienza.
A torrentes la sangre se ha vertido
para juntarnos.

AND. (Vacilando desfallecida.) Otra vez mis ojos
se vuelven á cerrar.

NIC. (Sosteniéndola.) ¡Oh, Dios!

AND. (Medio desmayada.) ¡Mi celda!
He muerto para tí.

NIC. No. Escucha. Estamos
en la hora suprema de la vida;
no sólo tú y yo... ¡toda la patria!
Déjame y corrió en vano tanta sangre.
Bizancio volverá; quizá se acerca
y pronto oiremos el marcial estruendo.
Volverá y yo sin tí, caeré vencido,
y otra vez de Bizancio será esclava
la Anatolia infeliz. Mas si tú subes
conmigo al trono, aunque Bizancio escupa
todos los muertos de su raza juntos,
en contra mía y de la tierra patria,
cien veces y otras cien, muertos y vivos,
rechazados serán. No habrá cadenas
nunca para este pueblo. Será libre
para siempre; y un cántico de gloria
sonará por doquier. Y á tí, á la augusta
deberá dicha tanta! Y cuando cierre
tus párpados la muerte. ¡oh, dulce Andrónica!
altas montañas formarán las flores
conque la patria cubrirá tu cuerpo;
y hasta el último día de los siglos
tu alma bendecirán los anatolios.

AND. ¡Oh, sí, sí; bendecida por mi pueblo
por todo el pueblo, sí!
(Deteniéndose con espanto.) Pero maldita
por nuestro Dios. ¡Qué horror! Y eterna-
[mente
mi cuerpo envuelto, no en las bellas flores,
en espinas crueles... y abrasándose
en el infierno mi alma!

NIC. ¡Oh, no!

AND. Viniste
tarde á buscarme y un instante sólo
triunfó de nuestra dicha para siempre.
¡Ay, yo fuera tu esposa, mas juntóse
en contra de los dos todo el infierno
y á Dios perjura y á mi Dios ligada
tuya no puedo ser, de Dios tampoco!
Guíame pronto, guíame á mi celda.
¿Dónde está mi sagrado?

NIC. ¡No, imposible!
Algo dentro de mí siento romperse.

AND. Adiós, por siempre, adiós. Iré yo sola.
(Va á salir.)

NIC. Bien está. Aléjate. Mas yo la vida
sin tí no quiero; que otra vez el monstruo
no quiero ser... ¡No, no! ¡Vivir sin alma
nunca más, nunca más! Aparta, Andrónica.
Sangre voy á verter por vez postrera
pero será la mía.

AND. ¡Oh, no, Nicéforo!

NIC. ¡Quiero morir!

AND. Y yo quiero que vivas.
Nicéforo... ¡te amo!

NIC. ¡Calla, Andrónica!

AND. No puedo más. Te amo. Si tú mueres
contigo yo. Eres mío. Sí, lo siento;
todo en mi ser lo dice. Y todo grita,
la luz, la tierra, el aire, «¡es suyo, es suyo!»
Yo te hice como eres. Aquí dentro
tu alma he formado yo. ¡Por eso es mía!

NIC. Sí, sí; soy vida tuya. Mas tú escúchame:
no encontrarás la paz sin mí. Perjura
fueras al claustro; que las rejas guardan
el cuerpo nada más; el pensamiento
contra Dios y los hombres se rebela.

Y el tuyo se rebela. Dime, dime
que tu amor solo es mío, ó soy el monstruo
y contra tierra y cielo... ¡Habla! A pedazos
le he de arrancar la confesión á tu alma.
(Nicéforo parece una fiera sacudiéndola entre sus brazos.)

AND. ¡Sí, mátame, diciendo que te amo
sólo á tí más que á nadie en tierra y cielo!

NIC. Ahora soy el augusto. ¿Tú me amas?
dueño del mundo soy. ¡Que de mi pecho
me vengan á arrancar la gloria mía!

AND. ¡Nicéforo! Mi dueño!
(Se oyen las campanas.)

NIC. Las campanas,
las campanas, Andrónica, ¿las oyes?
Ya va tornando nuestro pueblo, mira.
(Se asoman á la ventana los dos.)

AND. ¡Qué alegres, sí! Sus vestiduras tiñe
todavía la sangre del combate.

NIC. La vertieron por tí. ¿Pues qué no harían
porque fueras mi esposa, si la Iglesia
se negase á otorgarme el bien que ansío?
¡Pero no; que la Iglesia es fiel al trono!

AND. El pueblo es mi esperanza.

NIC. ¡Al templo! ¡Al templo!

ESCENA VI

ANDRÓNICA, NICÉFORO y NIKELAS

NIK. (Con voz de espanto.)
Augusto...

NIC. Habla, Nikelas.

NIK. Vengo á daros
una nueva, señor. (Sin atreverse.)

NIC. ¿Qué te detiene?

NIK. En voz baja, señor, y recatándose
he visto hablar á muchos caballeros
y salir de palacio. En el castillo
mayor sé que se juntan.

NIC. (Sereno.) Vengan todos,
que el augusto les llama. Y que Albia entera
goce el contento de tan fausto día.

NIK. (Trémulo.)
Es que se dice en la ciudad...

NIC. Prosigue.

NIK. (Con terror.)
Que es Heraclias, señor, el que los manda.

NIC. (Riendo.)
¡Heraclias! Dice, Andrónica, que Heraclias
es otra vez quien manda mis soldados.
(Riendo.)
¡Un muerto que á otros muertos acaudilla!

AND. ¡Señor, yazgan en paz!

NIC. ¡Y mucha tierra!

NIK. Mi propia mano le clavó este hierro,
y bien hondo.

NIC. Lo sé, lo sé. Tú fuiste,
Nikelas, quien del pecho me arrancaste
la sierpe á mis entrañas enroscada.
¡Justo el castigo fué! Vengan ahora
mis nobles, mis leales. Venga el pueblo.
Vamos al templo, Andrónica, seguidos
del pueblo, que te ama y que perdona
mis culpas por tu amor.

AND. ¿Qué más podría
si hasta mi Dios te doy, oh, augusto, darte?

NIC. Valor, ángel del cielo...

ESCENA VII

ANDRÓNICA, NICÉFORO, SERGIO, ALEJO, MATEO, JORGE y PUEBLO. Primero entran Jorge y Alejo, después los otros

SERGIO Señor...

NIC. Venga
mi pueblo á nuestro lado.

SERGIO ¡Oh, señor!...

NIC. Suba
con ella al trono la Anatolia entera.
La augusta es nuestra raza que en el cuerpo
de esta virgen se encarna.

SERGIO ¡Oh, sí, sí, Andrónica!

AND. Pueblo de Albia, te amo. ¡Oh, pueblo mío,
á vuestro emperador defended siempre,
que él os ama también!

SERGIO — Escucha, augusta:
la Iglesia sabe ya nuestro deseo
y el pueblo quiere conducirte al ara
en que la esposa del augusto seas.

NIC. — ¡Oh, anatólica raza! ¡Oh, raza firme!
Gracias por mí y por ella. Ven, Andrónica.
(Cogiéndola de la mano y dirigiéndose al pueblo.)
¡Ola santa del pueblo, abre tus aguas,
llévanos en tu seno!

SERGIO — Como madre
y sobre el pecho.

AND. — ¡Vamos!

NIC. — ¡Rodeadnos!

ESCENA VIII

ANDRÓNICA, NICÉFORO, SERGIO, ALEJO, MATEO, JORGE, PUEBLO, algunos Caballeros con NIKELAS, el ABAD y otros sacerdotes y monjes

ABAD — Deteneos, señor.

NIC. — Vamos al templo,
que quiero darle emperatriz al trono
y al tálamo la augusta esposa mía.
¡Oh, mi Andrónica, vamos!

ABAD — Señor... gracia.
Sois el emperador de la Anatolia;
mas sobre vos, hay leyes, que Dios mismo
ha dictado. Y por él la Iglesia habla.

AND. — ¡Oh, qué espanto!

NIC. — Pues bien: que hable la Iglesia.

ABAD — En el nombre de Dios, la que es su esposa
á reclamar venimos.

NIC. — ¿Para hacerla
en presencia de Dios esposa mía?

ABAD — Augusto, no. Para que torne al punto
á la casa de Dios, que es desposada
de Dios nuestro Señor.

NIC. — ¡Oh, no! En la tierra
no hay poder que la arranque de mis brazos.

ABAD — Es Dios quien la reclama.

AND. — ¡Desfallezco!

NIC. — ¡No, mentira! ¡Dios no! No es El quien junta

los seres para luego destrozarles
el corazón. Esta mujer es mía.
Dios me la dió en el campo de batalla.

ABAD Se ha consagrado á Dios.

NIC. ¡No!

ABAD Que lo diga:
¿por qué enmudece? ¡Que responda ella!

AND. ¡Sí, lo juré!

NIC. No importa. Olas de sangre
han borrado después su juramento.
Si hay que verter más sangre todavía
y borrar hasta el rastro de esos votos,
decidlo, Abad, y formaré otra ola
negra y gigante con la sangre vuestra.
¡Ah, inicuos! ¡Ah, traidores, que vendida
la Anatolia tenéis á esa Bizancio
que en polvo desharé! ¡Míralos, míralos!
lo llevan en los ojos. ¡Son traidores!
Ellos son; aquí están. En cementerios
trocarían los pueblos. Si pudiesen
llevarían la muerte á las entrañas
en que engendran las madres á sus hijos.
¡Oh, viles! ¡Monstruos! Vuestra negra turba
encerraré entre fuego, cual se encierran
los escorpiones. ¡Y que al cielo suba
la llamarada y vuestro Dios que os trague!

SERGIO ¡Al fuego!

PUEBLO ¡Al fuego, sí!

NIK. ¡Señor! La cámara
invaden en tropel nobles rebeldes.

ESCENA IX

ANDRÓNICA, NICÉFORO, ABAD, NIKELAS, SERGIO, ALEJO, MATEO, JORGE, HERACLIAS, CABALLEROS, PUEBLO, Sacerdotes y monjes

NIC. ¡No! Mis nobles son fieles. (Dirigiéndose á ellos.)
¡Caballeros!

ABAD Mira quién los dirige. Mira, augusto.
(En medio de los Caballeros se ve al fondo y debajo de las arcadas á Heraclias, inmóvil, pálido como la cera el rostro y las manos.)

PUEBLO ¡Heraclias!
NIC. ¡Es un sueño!
AND. (Abrazándose á Nicéforo.) ¡Heraclias!
NIC. (Con desvarío.) ¿Vuelven
los muertos á la vida...?
PUEBLO (Con terror.) ¡Un muerto!
NIC. ¡Andrónica!
¿No se engañan mis ojos? ¡Es él! ¡Mírale!
¿es que sus muertos los sepulcros lanzan
contra nosotros? ¡Mírale! ¡qué espanto!
¡El fuego del infierno centellea
en sus pupilas! ¡Mi razón se pierde!
(Delirando.)
¡Enjambres de gusanos me combaten
y todos luchan contra mí!
AND. (Abrazándose á él horrorizada.) ¡Nicéforo!
(Rumor en el pueblo.)
NIC. Y el corazón sus dardos me destrozan.
(Como arrancándose los dardos.)
¡Fuera, fuera los dardos que me matan!
AND. ¡Dios mío, no!
HER. ¡Nicéforo!
AND. (Dando un grito terrible al oirlo.)
¡Ah!
(Rumor creciente del pueblo.)
HER. ¡Nicéforo!
NIC. (Estúpidamente.)
¿Qué? ¿Qué?
HER. ¡Llegó mi hora! Te dí el trono
y del trono te arrojo.
ABAD ¡Pueblo de Albia!
¡Hijos de la Anatolia! ¡hijos rebeldes
á Dios y á sus ministros! ¡Anatema
sobre la raza!
AND. ¡Compasión!
ABAD ¡Bendigo
al que dé muerte á esa mujer!
HER. (Hiriéndola.) Yo... ¡muera!
(Andrónica da un grito al sentirse herida y vacila su cuerpo.)
NIC. (Sosteniéndola.)
¡Andrónica!
SERGIO Arrastrémosle.
PUEBLO ¡Que muera!

(Desaparece Heraclias como absorbido por la ola del pueblo. Un grupo rodea á Andrónica moribunda y á Nicéforo y á Sergio que la sostienen.)

MATEO ¡Los bizantinos!

JORGE ¡La ciudad invaden
las huestes de Bizancio! El pueblo cede.

ABAD (Dentro.)
¡Viva Bizancio!

AND. ¡Oh, no!

NIC. ¡No, la Anatolia!

ALEJO Incendian la ciudad. Bizancio triunfa.

AND. (Luchando con la muerte.)
No, morir, no. ¡Vencer! ¡Alzad mi cuerpo!
¡Más alto! ¡Más!

(Surge en alto la figura de Andrónica sostenida por Nicéforo y Sergio.)

NIC. ¡Hermanos, adelante!

AND. ¡Más alto, más!
(Irguiéndose y gritando con un supremo esfuerzo.)
¡Viva Anatolia! ¡Ah, muero!

(Su cabeza destocada cae hacia atrás inerte. Andrónica ha muerto.)

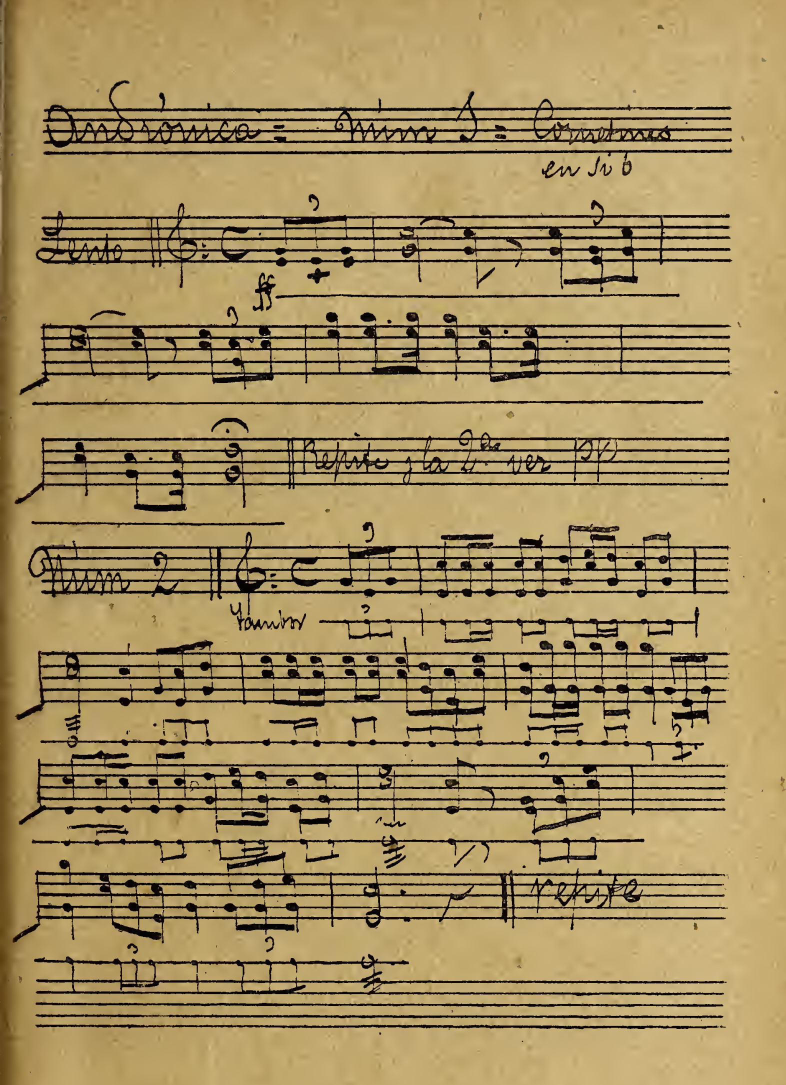
NIC. ¡Símbolo de mi raza, triunfa muerta!

SERGIO ¡Viva Andrónica, hermanos!

TODOS ¡Viva Andrónica!

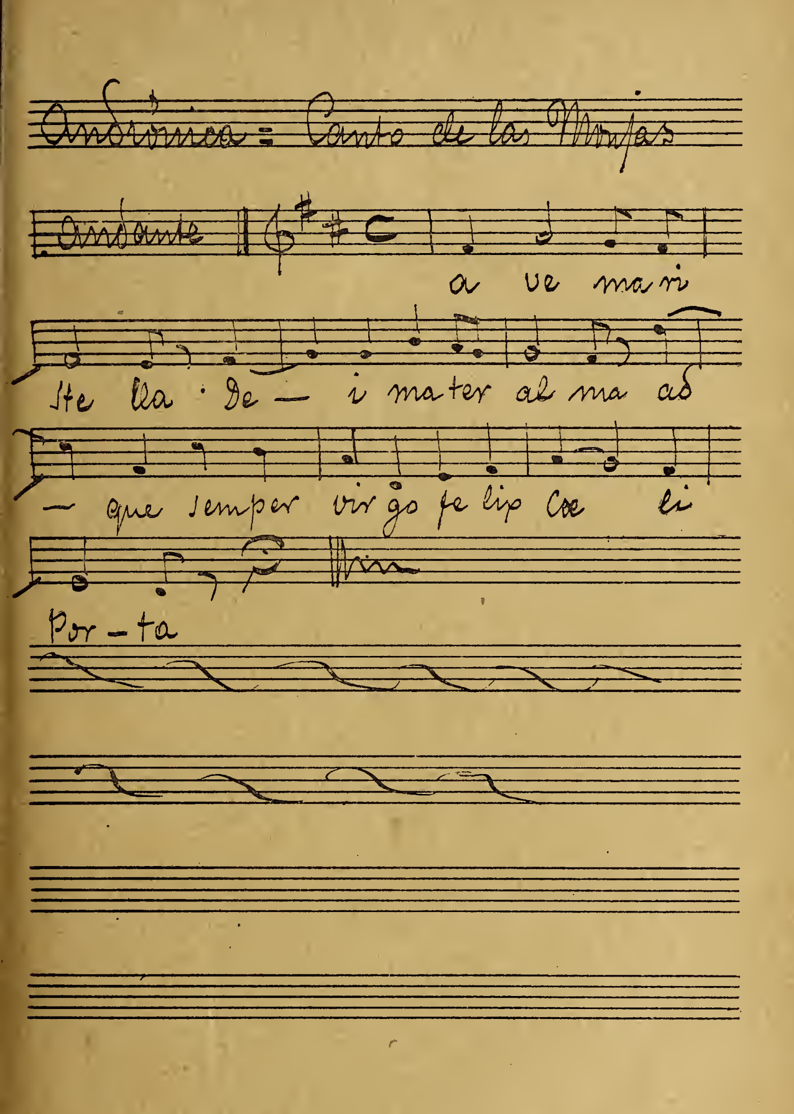
(Campanas, incendio, estruendo de armas y de clarines al exterior. Nicéforo y Sergio, rodeados del pueblo se lanzan al combate llevando siempre en alto como una bandera el cadáver de Andrónica.)

FIN DEL DRAMA



Andrónica = Núm 1 = Cornetines
en Si b
Lento
ff
Repite y la 2ª vez pp
Núm 2
Tambor
repite




Andrónica = Canto de las Monjas
Andante
a ve ma ri
Ste lla · De — i mater al ma ad
— que semper vir go fe lip Coe li
Por — ta



